

89
AD: ... MA DE N. SE
CIÓN GENERAL DE ...

PQ2189
.B32
D38
1906



1020026065



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lecturas amenas.—V



EL DANDISMO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En esta misma colección

SCHOPENHAUER. — La mujer, el amor y el matrimonio.

E. GÓMEZ CARRILLO. --- Sensaciones de Rusia.

T. ORTS-RAMOS. — Eróticos y sentimentales.

ABATE BRANTOME. --- Acicates del amor.

B. D'AUREVILLY. -- El dandismo.

E. y J. GONCOURT. -- El amor en el siglo xviii.

0'50 ptas. volumen

. BARBEY D'AUREVILLY

EL DANDISMO



RECOLECCIÓN DE LIBROS MODERNOS
VERSIÓN ESPAÑOLA

86336

29733

1906

COLECCIÓN DE LIBROS MODERNOS

BARCELONA

842
B-D1



ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. editorial *El Tibidabo*—Balmes, 88

EL DANDISMO

A César Daly

Director de la *Revista de Arquitectura*.

Querido Daly: Hace diez y siete años que escribí á usted lo siguiente: «Mientras anda usted viajando y los amigos que le recuerdan no saben donde encontrarle, yo preparo algo que no me atrevo á llamar libro y que le espera á usted en el umbral de su casa. Es la estatuilla de un hombre que no merece mayor monumento: curiosidad histórica y de costumbres

que puede usted colocar sobre la estantería del despacho.

Brummell no pertenece á la historia política de Inglaterra. Aproximóse á ella por sus amistades, pero no logró penetrar. Tiene señalado puesto en otra historia más elevada, más general y más difícil de escribir—la de las costumbres inglesas.—Porque la historia política social, no comprende todas las tendencias y todas son dignas de estudio. Brummell expresó una de estas tendencias, y á no haberla expresado, su acción no se explicaría. Escribirla, profundizarla, y mostrar que semejante influencia iba más allá de la superficie, podría dar asunto á un libro que Bayle (Stendhal) omitió emprender y que tentaría á Montesquieu.

No soy, por mi desgracia, ni Montesquieu ni Bayle, ni águila ni lince, y no obstante, he probado á discernir lo que muchos no se dignarían explicar. Le ofrezco á usted, amigo Daly, lo que he visto. Usted que tiene el sentido de la gracia, igual que las mu-

jes y los artistas, y comprende un imperio á fuer de pensador, admitirá gustoso el presente estudio delicado á un hombre á quien hizo célebre su elegancia. Es usted persona tal, que yo podría, sin inconveniente alguno, dedicarle también el estudio consagrado á un hombre inmortal por su inteligencia.»

Acepte usted, pues, tan leve testimonio de amistad, en memoria de días más felices en que solíamos vernos con frecuencia.

De usted afectísimo,

J. A. BARBER D' AUREVILLY.»

He aquí amigo mío que esta dedicatoria, con sus diez y siete años de fecha, sirve íntegra para hoy, y será la primera vez que diez y siete años no introduzcan modificación en una cosa.

Permanezca, pues, invariable como á amistad que expresó y que permanece también en nosotros sin nubes y sin vacíos. No siempre he sido tan di-

choso; sólo usted es la columna que se mantiene erguida entre mis ruínas ¡diez y siete años! Ya sabe usted que el empalagoso de Tácito, siempre insufrible porque nunca miente, tiene un modo especial de llamar á este argo plazo, que quizá fuera mejor no tomar en boca, si en medio de la tristeza de haber vivido no me cupiese la satisfacción de poder afirmar que soy para usted el mismo de siempre. Ya que en este libro todo es fatuidad, quiero jactarme de la persistencia de mis sentimientos.

J. A. BARBEY D' AUREVILLY.

Prefacio de la segunda edición

Apenas me atrevo á llamar segunda edición á la de ahora. Fué la tirada muy corta y regalé los ejemplares en confianza, á unos cuantos amigos; tal vez por este sistema de publicidad íntima y misteriosa logró mejor fortuna. Ignoro si otra publicidad mayor le será igualmente favorable. El ruido, cosa ligera, se parece á la mujer y nos persigue cuando le huimos. En el diabólico mundo social, tal vez la mejor manera de conseguir éxito será organizar un sistema de indiscreciones.

Pero cuando el autor publicó esta futesa, no era tan profundo. Entonces

se le daba un comino de los asuntos y de la fama literaria. Tenía que cuidar de otros adornos y otras galas que no eran del estilo, y se ocupaba más en otras cosas que en conseguir lectores. Y el caso es que ahora le parecen uslerías los cuidados de entonces; porque así es la vida. Toda ella se contiene en el trueque incesante de un cuidado contra una burla.

El autor de *El dandismo* y *Jorge Brummell* no era un dandi (quien lea este libro comprenderá el porqué) pero atravesaba ese periodo de la juventud en que dijo Byron con melancólica ironía: «Cuando yo era un chico guapo, con el pelo rizado...», y en aquellos tiempos la gloria pesaba para mí menos que un rizo. Escribí, pues, sin pretensiones literarias (tranquilicese usted, tenía otras más empecatadas aún) y este librito fué destinado á mi recreo y al de las treinta personas ó amigos desconocidos que nadie está seguro de tener ni puede jactarse de conocer en París. Pero como á mí no me faltaba presunción, creí tenerlos y

los tuve. Séame lícito decirlo, porque me he vuelto modesto: conseguí mis treinta lectores para mis treinta ejemplares. No fué el combate, sino la simpatía de los treinta.

Si el libro de que se trata, versase sobre algún grande hombre ó alguna gran cosa, es indudable que naufragaría en medio de ese silencio indiferente que deben, y pagan siempre, los pequeños á los grandes; pero trataba de un hombre frívolo y que pasaba por tipo acabado de la frivolidad elegante en una sociedad muy exigente. Y es el caso que todo el mundo, *en el mundo*, se tiene por elegante ó quiere serlo. Los mismos que han renunciado á la elegancia, quieren entender de ella por lo menos, y así fué leído mi libro. Algunos majaderos, que no quiero nombrar, se preciaron de haberlo comprendido. Yo le afirmo á mi editor que lo compraron. ¡Fatuidad universal! ¡La fatuidad que fué base del primer éxito de esta menudencia, le conseguirá el segundo! Yo siento impulsos de escribir en la

primer página la impertinencia siguiente: «De un fatuo, por un fatuo, para los fatuos;» porque los fatuos en todo se miran, y esto es un espejo.

¡Cuántos vendrán á contemplarse en él atusándose el bigote, unos para reconocerse y otros para hacerse... Brummeles!

No lo conseguirán. No hay modo de hacerse Brummell, somos ó no lo somos. Fútil soberano de una fútil sociedad, Brummell tiene su derecho divino y su razón de ser como los demás reyes. Y ya que últimamente le han hecho creer al bobalicon del pueblo que es soberano, parece natural que el populacho de los salones tenga sus ilusiones de dominio como la plebe callejera.

Este librito aspira á curarles de la ilusión. En él verán que Brummell era una individualidad de las más singulares, que no sólo se había tomado el trabajo de nacer, sino que necesitó, para desarrollarse, el ambiente de una sociedad muy complicada y aristocrática. En él verán cuántas cosas se

precisan de que ellos carecen para ser Brummell. El autor de *El dandismo* ha intentado hacer el catálogo de esas cosas, naderías omnipotentes con que se maneja á las mujeres y también á los hombres; pero al hacerlo no ignoraba que no escribía una obra de consejo, y que los Maquiaveros de la elegancia son más necios aún que los de la política, y cuenta que éstos no lo son poco. Sabía, finalmente, que trazaba una paginilla de historia, un fragmento arqueológico digno de colocarse, á título de curiosidad, sobre el rico tocador de los fatuos venideros. Si lo tienen; porque el progreso, que con su economía política y su división territorial camina á convertir la raza humana en una casta de piojosos, no acabará con los fatuos, pero les quitará los tocadores ricos por desigualitarios y escandalosos.

En suma, ahí va el libro tal cual se escribió. Nada he modificado, nada he borrado. Sólo he puesto aquí y allí una ó dos notas. El autor de *El*

dandismo, que suele reirse de la gravedad de nuestra época, es incapaz de considerar este librito, ligero tal vez en su forma (ojalá), como una travesura juvenil de la cual debe excusarse. Todo lo contrario. Si le apuran, capaz sería de sostener ante la gente grave de profesión que este libro es tan serio como cualquier obra histórica. En efecto, ¿qué demuestra el juguetillo? El ser del hombre y su vanidad, el refinamiento de una sociedad y el poder de sutiles influencias incomprensibles para la razón, que es una boba de marca mayor, doblemente atractivas por lo difíciles de comprender y desentrañar. ¿Dónde hay cosa más grave, aun colocándonos en el alto punto de vista de aquellos que más han abandonado al mundo, y desdeñado más el vacío de sus pompas y vanidades? Preguntádeslas. Para ellos cualquier vanidad es igual a otra, llámese como se llame y finja lo que finja. Si *el dandismo* existiese en su época, Pascal que fué un dandí como se puede ser en Fran-

cia; Pascal el del coche de seis caballos, podría, antes de retirarse á Port-Royal, escribir la historia del *dandismo*. Y Rancé, otro tigre de austeridad, antes de sepultarse en las espesuras de su trapa, quizá nos traduciría al capitán Jerse (1) en vez de Anacreonte; porque Rancé fué un dandí sacerdote, cosa más rara que un dandí matemático. ¡Ved la influencia del *dandismo*! Dom. Gervasio, un grave religioso que escribió la biografía de Rancé, nos ha legado una descripción encantadora de su precioso guardarropa, cual si quisiese proporcionarnos el mérito de una tentación vencida, con las ganas terribles que nos infunde de lucir aquellos trajes.

Esto no significa que el presente autor de *El dandismo* se compare en modo alguno, á Pascal ni á Rancé. El susodicho autor no ha sido ni será nunca jansenista, y trapense no lo es todavía.

J. A. BARBEY D' AUREVILLY.

(1) Penúltimo historiador de Brummell.



EL DANDISMO

I

Es más difícil agradar á las gentes de sangre fría que conquistar el amor de algunas almas de fuego.
(Tratado de la Princesa.—Inédito.)

Los sentimientos tienen su destino, y hay uno para el cual todo el mundo es despiadado: la vanidad. Contra ella vienen clamando en sus libros los moralistas, incluso los que mejor han demostrado el amplio puesto que ocupa en nuestras almas. Los hombres de mundo, moralistas también á su ma-



EL DANDISMO

I

Es más difícil agradar á las gentes de sangre fría que conquistar el amor de algunas almas de fuego.
(Tratado de la Princesa.—Inédito.)

Los sentimientos tienen su destino, y hay uno para el cual todo el mundo es despiadado: la vanidad. Contra ella vienen clamando en sus libros los moralistas, incluso los que mejor han demostrado el amplio puesto que ocupa en nuestras almas. Los hombres de mundo, moralistas también á su ma-

nera, puesto que tienen que juzgar la vida veinte veces al día, han repetido la sentencia pronunciada por los libros contra ese sentimiento, que, á oírlos á ellos, parecería el último del todos.

Cabe deprimir las cosas, como se deprime á los hombres. ¿Será verdad que la vanidad es el último sentimiento en la jerarquía de los afectos del alma? Y si es el último, si está en su sitio, ¿por qué menospreciarlo?...

Pero, ¿es el último siquiera? ¿No estriba el valor de los sentimientos en su importancia social? Y entonces, ¿qué puede haber, en el orden afectivo, más útil á las sociedades que ese inquieto anhelo de la aprobación ajena, que esa inextinguible sed de los aplausos del público, que en las cosas grandes, se llama *amor de la gloria*, y, en las pequeñas, *vanidad*? ¿Acaso el amor, la amistad, el orgullo? El amor en sus mil matices y en sus numerosas derivaciones, la amistad, el propio orgullo, implican cierta preferencia de alguna ó varias personas, ó

de uno mismo, y esa preferencia es exclusiva. La vanidad mira á todo. Si á veces prefiere ciertas aprobaciones su nota característica—y su mérito—es sufrir, cuando le falta una sola; no duerme pensando en esa rosa que se cierra. El amor dice al ser amado: «Tú eres mi universo,» la amistad: «Tú me bastas,» y á menudo: «Tú me consuelas.» Del orgullo no hay que hablar; es silencioso. Un hombre de brillante ingenio decía: «Es un rey solitario, ocioso y ciego; lleva en los ojos la diadema.» La vanidad tiene un universo menos estrecho que el del amor; lo que basta á la amistad, para ella no es suficiente. Es una reina también como el orgullo; pero una reina acompañada, ocupada y de vista penetrante, que lleva puesta la diadema donde la embellece más.

Procedía decir lo que antecede antes de hablar del dandismo, fruto de esa vanidad vituperada con excesos, y del gran vanidoso Jorge Brummell.



II

Cuando la vanidad está satisfecha y lo demuestra, se convierte en fatuidad. Es el nombre impertinente que han inventado los hipócritas de la modestia—es decir, todo el mundo—por miedo á los sentimientos verdaderos. Así, sería un error creer, como se cree acaso, que la fatuidad no es más que vanidad desmostrada en nuestras relaciones con las mujeres. No; hay fatuos de todas clases: los hay de nacimiento, de fortuna, de ambición, de ciencia. Tuñere es uno; Turcaret, otro. Sólo que, como las

mujeres ocupan tanto puesto en Francia, se ha dado el nombre de fatuidad singularmente á la vanidad de los que les agradan y se creen irresistibles. Pero esa fatuidad, común á todos los pueblos donde representa algo la mujer, no ha de confundirse con la que, bajo el nombre de *dandismo*, pugna hace algún tiempo por aclimatarse en París. La una es forma de la vanidad humana, universal; la otra una vanidad particular, particularísima, de la vanidad inglesa. Por eso no es francesa la palabra *dandismo*: porque en la lengua de Voltaire tiene su nombre todo lo que es universal, humano; pero lo que no lo es, sólo figura en su seno á título de importación.

El término será tan extraño siempre como lo que significa. Inútil es que queramos reflejar todos los colores; el camaleón no puede reflejar el blanco, y el blanco en los pueblos es la fuerza misma de su originalidad. Así poseyémola en mayor escala todavía el poder de asimilación que nos distingue, este don de Dios no triunfaría de

ese otro don, de ese otro poder—el poder de ser quien somos—que constituye la personalidad, la esencia de un pueblo. Pues bien: lo que produce el llamado dandismo es la fuerza de la originalidad inglesa impresa en la vanidad humana—*esa vanidad arraigada hasta en el corazón de los marmitones*—y contra la cual el menosprecio de Pascal no era más que una ciega insolencia. No hay medio de compartir tal cosa con los ingleses; es íntima, como su genio mismo. El remedio nunca será la semejanza. Puede copiarse un porte ó una actitud, como la forma de un frac; pero la comedia es fatigosa; es cruel y espantoso llevar una careta aun para las gentes maduras, que serían, en caso necesario, los Fiscos del dandismo; con mucha más razón para nuestros amables jóvenes. El tedio que estos últimos respiran é inspiran no les da más que un falso tinte de dandismo. Pueden poner cara de disgusto, si les place, y calzar guante blanco hasta el codo, pero el país de Richelieu no producirá un Brummell.



III

Eso: dos fatuos célebres pueden parecerse por lo que toca á la vanidad universal, humana; pero los separa la fisiología entera de una raza y el genio entero de una sociedad. Pertenece el uno á esta raza neurosanguínea de Francia, que llega hasta los últimos límites en la impetuosidad de sus transportes; descendía el otro de esos hombres del Norte, linfáticos y pálidos, fríos como el mar, de que son hijos, pero irascibles como él, y aficionados á calentar su sangre helada con la llamada de los alcoholes (*high-*

spirit.) Aunque de opuesto temperamento, los dos tenían una gran dosis de vanidad y la tomaron naturalmente por móvil de sus acciones. Por este lado, ambos desafían igualmente las censuras de los moralistas que condenan la vanidad, en vez de clasificarla y de absolverla. Después de todo, ¿hay motivo para asombrarse de esta condenación, tratándose de un sentimiento oprimido desde hace mil ochocientos años bajo la idea cristiana del menosprecio del mundo, que aun reina al presente en los espíritus menos cristianos? Y, por otra parte, ¿no cobijan casi todas las gentes de talento, allá en el fondo de su ser, alguna preocupación ante la cual se postran humildes para hacer penitencia por el talento que poseen? Así se explica todo lo malo que no dejarán de decir de Brummell los hombres que se creen serios, porque no saben sonreír. Así se explican, más aún que por espíritu de partido, las crueldades de Chamfort contra Richelieu. Lo atacó con su espíritu incisivo, brillante y ponzoño-

so, como con un estoque de cristal envenenado. En eso Chamfort, por ateo que fuese, sufrió el yugo de la idea cristiana, y, como vanidoro que era también, no supo perdonar el sentimiento, que á él le hacia sufrir la ventura que á otros depa-
raba.

Porque Richelieu disfrutó, como Brummell -- y aun más que Brummell -- de todos los linajes de gloria y de placer que crea la opinión. Ambos, obedeciendo á los instintos de su vanidad (aprendamos a pronunciar sin horror esta palabra), como se obedece á los instintos de la ambición, del amor, etc., lograron pleno éxito; pero ahí acaba la analogía. No sólo diferían por su temperamento individual, sino que también reflejaban los contrastes de las sociedades á que pertenecieron. La de Richelieu había roto todos sus frenos, arrebatada por su sed insaciable de goces; la de Brummell tascaba los suyos aburrida. La del primero era disoluta; la del segundo hipócrita. En esa doble disposición radica ante todo

la diferencia que existe entre la fatuidad de Richelieu y el dandismo de Brummell.



IV

Porque Brummell, en efecto, no fué más que un *dandi*. Richelieu, antes de ser un fatuo del género que su nombre representa, era un gran señor en medio de una aristocracia expirante. Era general en un país militar. Era bello en una época en que los sentidos rebeldes compartían arrogantemente el imperio con el pensamiento, y en que las costumbres del tiempo no prohibían lo que agradaba. Haciendo caso omiso de lo que llegó á ser Richelieu se concibe todavía á Richelieu. Tenía de su parte todas las fuerzas de la

vida. Pero suprimid el dandí: ¿qué queda de Brummell? No podía ser nada más, pero tampoco nada menos, que el mayor dandí de su tiempo y de todos los tiempos. Lo fué de una manera cabal, fiel, y casi podría decirse que ingenua, si no pareciera una osadía. En la masa confusa que llamamos cortesmente una sociedad, casi siempre sucede ó que el destino es superior á las facultades ó que las facultades son superiores al destino. En él, en Brummell--cosa rara--hubo acuerdo entre la naturaleza y el destino, entre el genio y la suerte. Más espiritual ó más apasionado era Sheridan; más gran poeta (porque Brummell lo fué) era lord Byron; más gran señor era lord Yormouth ó Byron mismo, todos los cuales, y tantos otros de esa época, famosos en todos los géneros de gloria, fueron dandies, pero algo más. Brummell no tuvo ese algo, que, en los unos, era pasión ó genio, en los otros un alto nacimiento, una inmensa fortuna. Ganó con esa indigencia, porque, reducido á la exclusiva fuerza de

las cualidades que lo distinguieron, se elevó á la categoría de una cosa: fué el dandismo personificado.



V

El dandismo es tan difícil de describir como definir. Los espíritus, que no ven las cosas sino por el lado más pequeño, se figuran que era sobre todo el arte de presentarse, una dictadura audaz y afortunada en punto al vestir y á la elegancia exterior. También seguramente es eso; pero es mucho más (1). El dandismo constitu-

(1) Todo el mundo se engaña sobre el particular, ¡incluso los ingleses! ¿No se ha creído obligado últimamen-

ye toda una manera de ser, reflejada naturalmente en la apariencia mate-

te Tomás Carlyle, el autor del *Sartor resartius*, á hablar del dandismo y de los dandies en un libro que titula *Filosofía del traje* (*Philosophy of clothes*)? Pero Carlyle se ha limitado á dibujar un grabado de modas con el lápiz ébrio de Hogarth, y ha dicho: «¡He ahí el dandismo!», cuando no es su caricatura siquiera, porque la caricatura lo exajera todo sin suprimir nada: es la exajeración extrema de la realidad, y la realidad del dandismo es humana, social y espiritual. No es un vestido que anda solo; al revés, lo que crea el dandismo es cierta manera de llevarlo. Se puede ser dandi con un traje de mala muerte. Lo fué, á no dudar, lord Spencer con un frac que no tenía ya más que un faldón. Verdad es que lo cortó, convirtiendo la prenda en lo que después ha llevado su nombre. Hasta ha habido un momento—¿se creará?—en que los dandies han tenido el capricho de las *prendas rapadas*. Era precisamente en tiempo de Brummell. Habían llegado á los límites de la impertinencia, y dieron en esa singularidad, que era tan *dandi* (no encuentro otro término más adecuado), de raspar los

rial y visible. Es una manera de ser compuesta en absoluto de matices,

fraques antes de ponérselos, hasta reducirlos á una especie de encaje—una nube—/Querían ir envueltos en su nube aquellos dioses! La operación era delicadísima y muy larga, y, para realizarla, se usaba un trozo de vidrio afilado. He ahí lo que se llama un verdadero hecho de dandismo. El traje no entra aquí para nada, ni apenas existe ya.

Otro hecho: Brummell llevaba guantes que se amoldaban á la mano como si hubiesen sido de muselina mojada. Pero el dandismo no consistía en la perfección de esos guantes que seguían el contorno de las uñas como la carne misma, sino en que hubiesen sido hechos por cuatro artistas especiales: uno para el dedo pulgar y tres para el resto (*).

(*) Tengo tal dereo de ser claro y de que se me entienda que no temo incurrir en una ridiculez: pondré nota á una nota. El príncipe de Kounitz, que, sin ser inglés (verdad es que era austriaco), se acerca mucho á los dandies por su tranquilidad, su indiferencia, su *frivolidad majestuosa* y su

como siempre ocurre en las sociedades muy viejas y muy civilizadas, don-

Tomás Carlyle, que ha escrito otro libro titulado *Los heroes*, y que nos ha dado el Héroe Posta, el Héroe Rey, el Héroe Hombre de letras, el Héroe Sacerdote, el Héroe Profeta y aun el Héroe Dios, hubiera podido darnos el Héroe de la elegancia ociosa—el Héroe Dandi;—pero lo ha olvidado. Con todo, lo que dice en el *Sartor resartus*, de los dandies en general, á quienes cuelga el mote de *Secta (Dandiaca Sect)*, prueba de sobra que el Juan Pablo inglés, con su mirada embrollada de alemán, no hubiese visto nada de esos matices precisos y fríos que fueron Brummell. Habría hablado de él tan profundamente como esos historiadorzuelos

feroz egoísmo (decía arrogantemente: «Yo no tengo un amigo») y ni la muerte ni la agonía de María Teresa le hicieron adelantar la hora de levantarse, ni abreviar un minuto el tiempo que dedicaba á su indescriptible arreglo personal; el príncipe de Kaunitz no era un dandi cuando se ponía un corsé de raso como la andaluza de Alfredo de Musset, pero lo

de llega á ser tan rara la comedia, y donde las conveniencias á duras penas triunfan del hastío. No hay ninguna parte donde el antagonismo entre las conveniencias y el aburrimiento que engendran se haga sentir más violentamente que en el fondo de las costumbres de la Gran Bretaña, en la sociedad de la Biblia y el derecho; y quizás de ese combate sin cuartel, perdurable, como el duelo de la

franceses que han juzgado á Brummell, en Revistas de una ridícula gravedad, lo mismo que hubieran podido hacerlo los zapateros ó los sastres á quienes él no se dignase dar trabajo. ¡Dantans de tres al cuarto que han grabado su busto con el cortaplumas en la pasta de un jabón de Windsor que despreciaría cualquiera para el baño.—(N. del A.)

era cuando, para dar á sus cabellos el matiz preciso, atravesaba una fila de salones, cuyo tamaño y número había calculado, á fin de que los ayudas de cámara, provistos de sus correspondientes borlas, le fuesen echando polvos, no mas que mientras pasaba.

Muerte y del Pecado en Milton, dimana la originalidad profunda de esa sociedad puritana, que produce en el dominio de la ficción á Clarisa Harlowe, y en el de la realidad á lord Byron (1). El día en que se decida la victoria, probablemente la manera de ser llamada dandismo se modificará mucho, si aun existe, toda vez que procede de ese estado de lucha sin fin entre las conveniencias y el fastidio (2).

(1) En punto á escritores produce también mujeres como Miss Edgeworth, Miss Aikin, etc.

(Véanse las Memorias de esta última sobre I.abel: estilo y opiniones de una pedante y una gazmoña sobre una gazmoña y una pedante.—(Nota del A.)

(2) Ocioso es insistir sobre el hastío que corroe el corazón de la sociedad inglesa, y que le da una triste superioridad, en lo que toca á corrupciones y suicidios, sobre las sociedades á quienes ese mal devora. El tedio moderno es hijo del análisis; pero á este tedio, que á todos nos domina,

Así, una de las consecuencias del dandismo, uno de sus principales caracteres—ó, por mejor decir, su carácter más general—es producir lo imprevisto, lo que no puede esperar en buena lógica el espíritu acostumbrado al yugo de las reglas. También lo produce la excentricidad—otro fruto del suelo inglés—pero de distinto modo, de un modo desenfrenado, salvaje, ciego, como revolución individual contra el orden establecido, y á veces contra la Naturaleza—revolución rayana en la locura.—El dandismo, al contrario, se burla de la regla, y, sin embargo, la sigue respetando. Padece bajo su imperio, y se venga de ella en medio de su sumisión; reivindica sus propios fueros, cuando se sustrae á su influencia; alternativamente

júntase en la sociedad inglesa, la más rica del mundo, el tedio romano, hijo de la saciedad, y que multiplicaría el número de los Tiberios en Caprea, si el promedio de las sociedades se compusiese de almas más viriles.—(Nota del A.)

la domina y se ve dominado: ¡doble y mudable carácter! Para tal juego, la persona necesita tener á su servicio todas las flexibilidades que constituyen la gracia, al modo que los matices del prisma reunidos forman el ópalo.

He ahí lo que Brummell tenía. Poseía la gracia como el cielo la da y como á menudo la falsean las presiones sociales; pero, en fin, la poseía, viniendo á responder de esa suerte á la sed de capricho de las sociedades hastiadas y plegadas demasiado duramente bajo los estrechos rigores de las conveniencias. Era una prueba viviente de esta verdad que hay que repetir de continuo á los hombres formalistas: que si se cortan las alas á la fantasía, vuelven á crecer dobles de largas (1). Poseía esa rara y encanta-

(1) Véase en los periódicos americanos el entusiasmo inspirado por miss Essler á los descendientes de los Puritanos de la vieja Inglaterra: ¡las piernas de una bailarina trastornando Cabezas Redondas!—(N. del A.)

dora familiaridad que todo lo toca y no profana nada. Vivió de igual á igual con todas las potencias, con todas las eminencias de su época, elevándose á su nivel gracias á su desenvoltura. Donde habrían naufragado los más hábiles, él se salvaba. Su audacia era acierto. Podía tocar el hacha impunemente. Se ha dicho, no obstante, que ese hacha, cuyo filo desafió tantas veces, acabó por cortarlo; que interesó en su pérdida la vanidad de un dandí, como él, de un dandí real, de Su Majestad Jorge IV, pero tan grande había sido su imperio, que lo habría recuperado á quererlo.

por su parte más que aproximaciones (1). No reaparecerá, pues, á nuestros ojos, clara y circunstanciada, como sería preciso, ya que no viva, la sociedad inglesa del tiempo de Brummell, ni se podrá seguir, por consiguiente, en su accidentado curso y en toda su extensión, la acción del dandi sobre sus contemporáneos. El dicho de Byron de que deseaba ser Brummell mejor que Napoleón, parecerá siempre una afectación ridícula ó una ironía. El sentido verdadero de semejante frase se ha perdido.

Pero, en vez de insultar al autor de *Childe Harold*, procuremos comprenderlo, cuando expresaba su audaz preferencia. Como poeta, como hombre de fantasía, podía apreciar y admiraba el imperio de Brummell sobre la fantasía de una sociedad hipócrita y

(1) Y aun no siempre. ¿Qué son, por ejemplo, las *Memorias* de Wrazel? Y, sin embargo, ¿qué hombre hubo nunca en mejor situación para observar que ése?—(N. del A.)

cansada de su hipocresía. Era un caso de omnipotencia individual, que debía seducir á su genio caprichoso más que cualquiera otra manifestación de omnipotencia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

A pesar de todo, con expresiones semejantes á las de Byron, se escribirá la historia de Brummell, y, como por una burla singular del destino, tales expresiones se encargaran de hacer la indecifrable. No pudiendo justificarse la admiración con hechos que se han desvanecido totalmente, por ser efimeros de suyo, la autoridad del nombre más grande, el homenaje del genio más fascinador, no servirán sino para aumentar la obscuridad del enigma. En efecto, lo que menos subsiste de toda sociedad, la parte de las

costumbres que no deja restos, el aroma demasiado sutil para que se conserve, son las maneras, las intrasmisibles maneras (1) por las cuales fué Brummell un príncipe de su tiempo. Semejante al orador, á los grandes actores, á todos esos espíritus que hablan al cuerpo mediante el cuerpo, como Buffon decía, Brummell no tiene más que un nombre que brilla con misterioso reflejo en todas las Memorias de su época. Esas Memorias explican mal el puesto que allí ocupa, pero aunque no lo explican, se ve, y es cosa que vale la pena de meditarse. En cuanto al estudio detenido del retrato que falta por hacer, ningún hombre ha afrontado hasta aquí esa penosa lucha, ningún pensador ha procurado darse cuenta seria y severamente de ese influjo que responde á una ley ó á la desviación de una ley—que es

(1) Las maneras son la fusión de los movimientos del espíritu y del cuerpo, y los movimientos no se pintan.—(N. del A.)

otra ley todavía.—Para ese empeño, los espíritus profundos no tenían bastante delicadeza, y los espíritus delicados no tenían bastante profundidad.

Con todo, varios han hecho el ensayo. En vida misma de Brummell, dos plumas célebres, pero cortadas con demasiada finura y mojadas en tinta de China demasiado perfumada, trazaron en un papel azulado, con cantos de plata, algunos rasgos, fáciles al través de los cuales, se ve á Brummell. Como vaporosidad espiritual y como perspicacia, las pinturas eran deliciosas. Es una la de *Pelham*; es otra la de *Granby*. Ambas son también, hasta cierto punto, la de Brummell, puesto que dogmatizan sobre el dandismo. Pero, ¿tuvieron los autores la intención de retratar al dandi, sino en los hechos de su vida, por lo menos en la realidad de su ser y con la verosimilitud de la novela? El de *Pelham*, seguramente no. El de *Granby*, es más fácil creerlo: el retrato de Trebeck parece hecho en vista del original vivo: porque no se inventan aquellos

maticos extraños, reflejos en parte de la naturaleza, en parte de la sociedad, y se adivina que la presencia del modelo ha debido vivificar las pinceladas que los trazan.

Pero, aparte de la novela de Lister (donde sería más fácil encontrar á Brummell, que en el *Pelham* de Bulwer), no hay en Inglaterra ningún libro que presente al dandí tal como fué, y que explique con alguna claridad el poder del personaje. Recientemente, es cierto, un hombre distinguido (1) ha publicado dos volúmenes en que ha reunido, con una paciencia de ángel curioso, todos los hechos conocidos de la vida de Brummell. ¿Por qué tantos esfuerzos y tanta solicitud no han de haber conducido más que á una crónica timorata, sin las revelaciones de la historia? La que falta precisamente es la explicación histórica

(1) El capitán Jesse. Ha publicado dos abultados volúmenes en 8.º sobre Brummell; y, antes de publicarlos, puso á nuestra disposición, con la mayor galantería, los datos que poseía sobre el famoso dandí —(N. del A.)

de Brummell. Cuenta aún admiradores como el epigramático Cecil, curiosos como Mr. Jesse; enemigos... no se cita ninguno. Pero entre los contemporáneos supervivientes, entre los pedantes de todas las edades—gentes honradas que tienen en el espíritu los dos brazos izquierdos que atribuía Rivarol á todas las inglesas—los hay que se indignan de buena fe contra el brillo asociado al nombre de Brummell: pobres mantecatos de una moralidad grave, reciben como un insulto esa gloria de la frivolidad. Lo único que aún no cuenta el gran dandí, es su historiador, es decir, su juez—juez sin entusiasmo y sin odio—y cada día que transcurre es un óbice para que nazca. Ya hemos dicho por qué. Si no aparece, la gloria habrá sido para Brummell un espejo más. Vivo, lo reflejó en la brillante limpieza de su frágil superficie; muerto—al modo de los espejos, cuando ya no está delante la persona—nada conservará de su imagen.

VIII

Como el dandismo no es invención de un hombre, sino consecuencia de cierto estado social que existía antes de Brummell, quizá convendría levantar acta de su aparición en la historia de las costumbres inglesas y precisar su origen. Todo induce á pensar que ese origen es francés. La gracia entró en Inglaterra, al tiempo de la restauración de Carlos II, del brazo con la corrupción, que se decía entonces su hermana. Y lo ha hecho creer á veces. Presentóse atacando con las armas del ridículo la gravedad terrible é imperturbable de los puritanos de Cromwell. Las costumbres, siempre hondas en Inglaterra—cualquiera que sea su tendencia, buena ó mala—exa-

geraban la severidad. Para respirar, fuerza era sustraerse á su imperio, desabrochándose aquel apretado cinturón; y los cortesanos de Carlos II, que habían bebido en las copas de Champafia de Francia un lote que hacía olvidar los sombríos y religiosos hábitos de la patria, trazaron la tangente por donde cabía escaparse. Muchos se precipitaron por ella. «Los mismos discípulos aventajaron bien pronto á sus antiguos maestros, y, como ha dicho un escritor con graciosa exactitud (1), tenían tan buenos deseos de ser corrompidos, que los Rochester y los Shaftesbury saltaron un siglo por encima de las costumbres francesas del tiempo, y llegaron hasta la Regencia.» No hablamos de Buckingham, ni de Hamilton, ni del mismo Carlos II, ni de todos aquellos en quien los recuerdos del destierro fueron más poderosos que las impresiones de la vuelta. Nos referimos más

(1) M. Amadeo Renés, en su introducción á las *Cartas de lord Chesterfield*, París, 1842.

bien á los que, sin dejar de ser ingleses, se sintieron invadidos por la corriente extranjera, y abrieron el reinado de los *bellos*, como sir Jorge Hevett; como Wilson, muerto en duelo por Law, según se dice; como Fielding, cuya belleza atrajo las escépticas miradas del indiferente Carlos II, y que después de casarse con la famosa duquesa de Cleveland, renovó las escenas de Lauzun con la gran *Mademoiselle*. Como se ve, el nombre mismo que llevaron acusa la influencia francesa. Otro tanto pasaba con su gracia: no era bastante indígena, no se hallaba bastante fundida con esa originalidad del pueblo en cuyo seno nació Shakespeare, con esa fuerza íntima que más tarde debía penetrarla. No hay que fiarse en apariencias; los *bellos* no son los dandies; los preceden. Verdad es que ya se agita el dandismo bajo esa superficie, pero no aparece aún; ha de surgir del fondo de la sociedad inglesa. Fielding muere en 1712. Tras él, el coronel Edgeworth, alabado por Steel (otro bello en su juventud), continúa

la cadena de oro de los bellos, que se cierra en Nash, para volver á abrirse en Brummell, pero entonces con la adición del dandismo.

Porque, si el dandismo nació antes, la época en que adquirió su desarrollo y su forma es el intervalo que media entre Fielding y Nash. En cuanto á su nombre (cuya raíz es quizá también francesa), no lo alcanzó hasta tarde. En Johnston no figura. Pero lo que significa existía, y existía, como es natural, en las personalidades más altas. En efecto: como el valor de los hombres dependen siempre de facultades que poseen, y el dandismo representa las que no tenían cabida en las costumbres, todo hombre superior debió teñirse, y se tiñó más ó menos, de dandismo. Sirvan de ejemplo Malborough, Chesterfield, Bolingbroke — Bolingbroke sobre todo, porque Chesterfield que nos ofrece en sus cartas el tratado del *Gentleman*, como Maquiavelo el del *Príncipe*, más que inventando la regla, describiendo la costumbre se apega mucho aún á la opinión reinante — y Malbo-

rough, con su belleza de mujer orgullosa, es más concupiscente que vanidoso. Sólo Bolingbroke es un completo y verdadero dandí de los últimos tiempos. Campea en su conducta el atrevimiento de los dandíes, su magistosa impertinencia, su preocupación del efecto exterior y su vanidad siempre prevenida. Recuérdese que tuvo envidia de Harley, asesinado por Guiscard, y que, para consolarle, decía que el asesino tomó sin duda á un ministro por otro. Pero ¿qué más? — ¡cosa estupenda! — ¿no se le vió romper con la hipocresía de los salones de Londres, pregonando su amor por una naranjera, que solía colocarse bajo las galerías del Parlamento, y que probablemente no era guapa? (1) En fin, él fué el que inventó la divisa misma del dandismo, el *Nil mirari* de esos hombres — dioses de tejas abajo — que quieren provocar siempre la sorpresa conservando su impasibilidad (2). A

(1) *London and Westminster Review*.

(2) El dandismo introduce la cal-

nadie cuadraba, por supuesto, el dandismo como á Bolingbroke. ¿No venía á ser el libre pensamiento en achaque de maneras y conveniencias sociales, como lo es la filosofía en materia de moral y de religión? A ejemplo de los filósofos que ponían sobre la ley un deber supremo, los dandies, por su propia autoridad, anteponen una regla á la que rige los círculos más aristocráticos, más aferrados á la tradición

ma antigua en el seno de las agitaciones modernas; pero la calma de los antiguos procedía de la armonía de sus facultades y de la plenitud de una vida libremente desenvuelta, en tanto que la calma del dandismo es la actitud de un espíritu, harto de revolver ideas, y demasiado displicente para animarse, para entrar en calor. Si un dandi fuese elocuente lo sería á semejanza de Pericles, con los brazos cruzados debajo del manto. Véase la actitud arrebatadora, impertinente y modernísima, del Pirro de Girodet escuchando las impresiones de Hermión. Eso hacía comprender lo que quiero decir mejor que cuanto estoy escribiendo. — (N. del A.)

(4) ; y, merced á la burla, que es un ácido, y á la gracia, que es un fundente, consiguen hacer pasar esa regla mudable, que no es, en fin de cuentas más que la audacia de su propia personalidad. Es un resultado curioso y que está en la naturaleza de las cosas. Por más firmes que se mantengan las sociedades, y por mucho que se cierran las aristocracias á todo lo que no es la opinión corriente, un día se levanta el capricho y da al traste con esos artificios que parecían inalterables, pero que estaban minados por el hastio. De esa suerte, en un pueblo de

(1) Y no hay para eso como los de Inglaterra. En Rusia, cuando la princesa de Aschekoff no llevaba rojo, daba una prueba de dandismo, y quizá excesiva, porque era un acto de la más escandalosa independencia. En Rusia, rojo quiere decir bello, y en el siglo XVIII los mendigos callejeros que no lo usasen no se hubieran atrevido á pedir.

Acerca de esa mujer véase Rulhière, escritor que posee dandismo en la pluma, y pone el dedo en la llaga. Si la historia no fuese más que una anécdota, ¡como la escribiría! — (N. del A.)

un rígido porte y de un acentuado utilitarismo, la frivolidad, por una parte, y por otra, la imaginación reclamando sus fueros frente á una ley moral demasiada estrecha para ser verdadera, produjeron un arte de las maneras y de las actitudes, cuya acabada expresión fué Brummell, y expresión que no volverá á igualarse nunca. Se verá porqué.



IX

Jorge Bryan Brummell, nacido en Westminster, era hijo de W. Brummell, *esquire*, secretario particular de aquel lord North, dandi también á ciertas horas que se dormía en el banco ministerial, de puro desdén, ante los más virulentos ataques de los oradores de la oposición. North hizo la fortuna de W. Brummell. hombre de orden, capaz y activo. Los libelistas, que claman contra la corrupción esperando que los corrompan, llamaron á lord North el dios de los gajes (*the god of emoluments*). Pero la verdad es que, al pagar á Brummell,

un rígido porte y de un acentuado utilitarismo, la frivolidad, por una parte, y por otra, la imaginación reclamando sus fueros frente á una ley moral demasiada estrecha para ser verdadera, produjeron un arte de las maneras y de las actitudes, cuya acabada expresión fué Brummell, y expresión que no volverá á igualarse nunca. Se verá porqué.



IX

Jorge Bryan Brummell, nacido en Westminster, era hijo de W. Brummell, *esquire*, secretario particular de aquel lord North, dandi también á ciertas horas que se dormía en el banco ministerial, de puro desdén, ante los más virulentos ataques de los oradores de la oposición. North hizo la fortuna de W. Brummell. hombre de orden, capaz y activo. Los libelistas, que claman contra la corrupción esperando que los corrompan, llamaron á lord North el dios de los gajes (*the god of emoluments*). Pero la verdad es que, al pagar á Brummell,

ne hacía m's que recompensar servicios. Después de la caída del ministerio de su bienhechor, M. Brummel pasó á ser *sheriff* superior del Berkshire. Habitó cerca de Domington-Castle, lugar célebre por haber sido residencia de Chaucer, y allí vivió desplegando esa hospitalidad opulenta que sólo los ingleses en el mundo saben sentir y pueden practicar. Había conservado grandes relaciones; y entre otras celebridades contemporáneas, recibía mucho á Fox y á Sheridan. Una de las primeras impresiones del futuro dandi fué, pues, sentir en su alma el soplo de esos grandes espíritus llenos de encantos. Fueron como las hadas encargadas de transmitirle sus dones; pero no le transmitieron sino la mitad de los que poseían las más efímeras de sus facultades. Indudablemente, viendo y oyendo á esos espíritus, gloria del pensamiento humano que eran artistas en la conversación como en el discurso político, y cuyas bromas y amenidades valían tanto como su elocuencia, el joven Brummell debió desenvolver las facul-

tades que más tarde hicieron de él, para usar la palabra empleada por los ingleses, uno de los primeros *conversacionistas* de Inglaterra. Cuando murió su padre, tenía diez y seis años (1794). En 1790 lo habían enviado á Etón, donde ya se distinguió, fuera del círculo de los estudios, por las cualidades que más adelante llegaron á caracterizarle tan eminentemente. El cuidado de su persona y la fría languidez de sus maneras le valieron, por parte de los condiscípulos, un nombre muy en boga á la sazón, á falta del dandi, que aun no estaba de moda: entonces los déspotas de la elegancia se llamaban *Bucks* ó *Macariones*, y á él le llamaron *Buck Brummell*.

Según el testimonio de sus contemporáneos, nadie ejerció mayor influjo que él sobre sus compañeros de Etón, excepto acaso Jorge Canning; pero el influjo de Canning era consecuencia del fuego de su cabeza y de su corazón, mientras que el de Brummell emanaba de facultades menos hirvientes y embriagadoras. Así justificaba la frase de Maquiavelo: «El mundo

pertenece á los espíritus fríos.» De Eton fué á Oxford, donde alcanzó la clase de éxitos á que estaba destinado. Agradó por las prendas más exteriores del espíritu, toda vez que su superioridad no resaltaba en las investigaciones laboriosas del pensamiento, sino en las investigaciones de la vida. Al salir de Oxford, tres meses después de la muerte de su padre, entró como alférez en el 10.º de húsares mandado por el príncipe de Gales.

Se ha procurado explicar con empeño el afecto vivísimo que inspiró Brummell repentinamente á ese príncipe, y se han contado á ésta propósito anécdotas que no merecen los honores de la mención. ¿Qué necesidad tenemos de esas comidillas de comadres, habiendo una explicación perfectamente plausible? Porque, en efecto, siendo quien era, Brummell no podía menos de atraer la atención y las simpatías del hombre que, según es fama, estaba más orgulloso y satisfecho de la distinción de sus maneras que de la elevación de su gerarquía. Sabido es, por otra parte, el brillo de

aquella juventud que trató de eternizar. El príncipe de Gales tenía por entonces treinta y dos años. Dotado de la belleza línfática y fría de la casa de Hannover, pero procurando animarla con el adorno, procurando vivificarla con el rayo de fuego del diamante; escrofuloso de alma como de cuerpo, pero no habiendo perdido la gracia, esa última virtud de los cortesanos, el que fué Jorge IV. reconoció en Brummell una porción de sí mismo, la parte que había conservado sana y luminosa: he ahí el secreto del favor que le mostró. Fué en sustancia como una conquista de mujer. ¿No hay amistades originadas por atractivos físicos, por la gracia exterior, como hay amores que nacen del alma, del encanto inmateral y secreto?... Tal fué la amistad del príncipe de Gales por el joven alférez de húsares: un sentimiento que era todavía sensación, el único acaso que podía germinar en el fondo de aquel alma obesa agobiada por el cuerpo.

Así el inconstante favor que fueron deshojando sucesivamente lord Barry-

more, G. Hanger y tantos otros, recayó de lleno en Brummell con toda la impremeditación del capricho y con todo el furor de la manía. Verificóse su presentación en la famosa terraza de Windsor en presencia de la aristocracia más exigente. Allí desplegó todo lo que más debía estimar el príncipe de Gales entre las cosas de este mundo: una gran juventud, realizada por el aplomo que sólo podía esperarse en un hombre conocedor de la vida y capaz de dominarla; una mezcla de impertinencia y de respeto de lo más fino y atrevido; el arte de presentarse y la oportunidad de la réplica ingeniosa. Claro es que en la conquista repentina de tal éxito había algo más que extravagancia por ambas partes.

La palabra *extravagancia* la emplean los moralistas desorientados como los médicos la palabra *nervios*.

A partir de ese instante, Brummell subió á gran altura en la opinión. Con preferencia á los nombres más ilustres de Inglaterra se le vió á él, al hijo de

un simple *esquire* (1), del secretario particular cuyo abuelo había sido comerciante, desempeñar las funciones de *Caballero de honor* del heredero presunto, al verificarse su matrimonio con Carolina Brunswick. Tanta distinción fué parte para que inmediatamente se agrupara en torno suyo, en términos de la familiaridad más lisonjera, la aristocracia de los salones: lord R. E. Somerset, lord Petersham (2), Carlos Ker, Carlos y Roberto Manners. Hasta aquí no hay nada de asombroso: no era más que un hombre afortunado, que, como dicen los ingleses, había nacido con una cuchara de plata en la boca. Tenía en su abono ese algo incomprensible que llamamos *nuestra estrella*, y que de-

(1) *Esquire* ó escudero es un tratamiento inglés que equivale al *Señor Don* castellano.

(2) Para miopes era un modelo de dandismo, pero, para los que no se pagan de apariencias, distaba tanto de ser un dandi como una mujer bien puesta de una mujer elegante. — (N. del A.)

cide de la vida, sin justicia ni razón; pero lo que más sorprende, es que clavara la rueda de la fortuna. Niño mimado de la suerte, llegó á serlo también de la sociedad. Byron habla en cierto sitio de un retrato de Napoleón con el manto imperial y añade: «Parecía haber nacido allí.» Otro tanto puede decirse de Brummell y del célebre frac que inventó. Empezó su reinado sin encogimiento, sin vacilación, con una confianza que revela una conciencia. Todo concurrió á su extraño poder, y nadie se le opuso. Allí donde las relaciones valen más que el mérito, y donde los hombres, para poder siquiera existir deben agarrarse los unos á los otros como crustáceos, Brummell contaba como admiradores, más aún que como rivales, á los duques de York y de Cambridge, á los condes de Westmoreland y de Chatham (el hermano de William Pitt), al duque Rutland, á lord Delamere, es decir, á todo lo más elevado en el orden político y social. Las mujeres, que, como los sacerdotes, están siempre de parte de la fuerza, entona-

ron con sus coralinos labios los himnos de sus admiracioness. Fueron las trompetas de su fama; pero se quedaron reducidas á trompetas, porque aquí entra la originalidad de Brummell, aquí es donde difiere esencialmente de Richelieu (1) y de casi todos los hombres organizados para seducir. No era lo que se llama un libertino. Richelieu imitó demasiado á esos conquistadores tártaros que se preparaban un lecho con mujeres intercaladas. Brummell no tuvo semejantes trofeos de victoria. No se mezclaba á su vanidad una sangre hirviente. Las sirenas, hijas del mar, de voz irresistible, estaban cubiertas de escamas impenetrables, tanto más encantadoras [ay! cuando más peligrosas eran.

Y no salió perdiendo su vanidad; al contrario: así no se hallaba nunca en colisión con pasiones opuestas que la neutralizasen; reinaba sola, era más fuerte (2). Amar, aun en el sentido

(1) Véase el amor en el siglo XVIII.

(2) La afectación produce la sequedad. Ahora bien: un dandi, aunque tenga demasiado buen tono para no

menos elevado de desear, es siempre depender, es ser esclavo del propio deseo. Los brazos que os estrechen con más ternura no dejarán de ser una cadena, y cuando se es Richelieu —ó aun Don Juan mismo— al separar esos brazos tan tiernos, nunca se rompa más que un anillo de la cadena que os sujetaba. He ahí la esclavitud de que se libró Brummell. Sus triunfos tuvieron la insolencia del desinterés. Jamás participó del vértigo de las cabezas que trastornaba. En un país como Inglaterra, donde el orgullo y la cobardía reunidos engendran no poca gazmoñería por pudor, era curioso ver á un hombre, y á un hombre tan joven, que resumía todas las seducciones convencionales y naturales, castigando á las mujeres por sus pretensiones

ser sencillo, siempre es algo afectado. Es la afectación refinadísima del talento superlativamente artificial de mademoiselle Mars. El que es apasionado es demasiado sincero para ser dandi. Alfieri no hubiera podido serlo nunca, y Byron no lo era más que ciertos días. —(N. del A.)

sin buena fe, y no traspasando el límite de la galantería, que á la verdad no han puesto ellas por delante para que se respete. Así era, no obstante, cómo obraba Brummell, sin ningún cálculo y sin el menor esfuerzo. Para quien conozca á las mujeres, eso redobla su poder: hería el orgullo novelesco de esas altaneras ladías, haciéndoles soñar con el orgullo corrompido.

Ese rey de la moda no tuvo, pues, amante reconocida. Más hábil dandi que el príncipe de Gales, no se consagró á ninguna Fitz-Herbert. Fué un sultán sin pañuelo. Ninguna ilusión de corazón, ninguna sublevación de los sentidos vino á debilitar ó suspender los designios que formulaba; por lo mismo, fueron soberanos. Elogio ó censura, una palabra de Jorge Bryan Brummell lo era todo entonces: ese dandi era el autócrata de la opinión. Suponiendo que en Italia fuese posible tal hombre, tal influencia, ¿qué mujer, verdaderamente prendada de otro, pensaría en él? Pero en Inglaterra la mujer más locamente enamorada, a

ponerse una flor ó probarse un adorno, pensaba en el juicio de Brummell mucho más que en dar gusto á su amante. Una duquesa (y ya se sabe toda la altivez que un título permite en los salones de Londres) decía á su hija en pleno baile, á riesgo de ser oída, que se mirase mucho en sus actitudes, ademanes y respuestas, si por acaso se dignaba hablarla Mr. Brummell—porque en esta primera fase de su vida el gran dandí se confundía aún entre la multitud de los que bailaban en esas reuniones, donde las manos más bellas permanecían desocupadas esperando la suya.—Más tarde, embriagado con la posición excepcional adquirida, renunció al baile, como cosa demasiado vulgar para él. Se quedaba á la entrada algunos minutos tan sólo, lo recorría con una mirada, lo juzgaba con una palabra, y desaparecía, aplicando de esa suerte el famoso principio del dandismo: «Permaneced en los salones todo el tiempo que tardéis en producir efecto; una vez producido, marchaos.» Conocía su irresistible prestigio. Para él, el efecto no era ya una cuestión de tiempo.

Con ese brillo de su vida, con esa soberanía sobre la opinión, con esa gran juventud que acrecienta la gloria, y con esa presencia encantadora y cruel que maldicen y adoran las mujeres, ¿cómo dudar si inspiraría encontradas pasiones, amores profundos, odios inextinguibles? pero nada de eso ha transpirado (1). El *cant* (2) ahogó el grito de las almas, si hubo almas que se hubiesen atrevido á gritar. En Inglaterra las conveniencias,

(1) Se ha hablado de lady J...y, suponiéndose que Brummell sopió esa dama al Regente, como se dice con una ligereza digna de la cosa. Pero lady J...y fué siempre amiga suya, y amores que acaben en amistades son más quiméricos que mujer hermosa rematando monstruosamente en cola de pez. Recordemos el soberano hachazo dado por mano de poeta á las ilusiones de los corazones generosos y mortales: «Mientras un hombre y una mujer son amantes, no son amigos; cuando dejan de ser amantes, no son amigos; cuando dejan de ser amigos, no se puede decir que quedan muy amigos.»—(N. del A.)

(2) La gazmoñería.

que castran los corazones, dificultan un poco la existencia de señoritas de Lespinase, si acertaran á nacer; y en cuanto á una Carolina Lamb, no la tuvo Brummell porque las mujeres son más sensibles á la traición que á la indiferencia. Sólo una, que nosotros sepamos, se arriesgó á pronunciar frases de esas que ocultan la pasión y la descubren, y es la cortesana Enriqueta Wil. on. Cosa natural: ambicionaba, no el corazón de Brummell, sino su gloria. Las cualidades á que el dandí debía su poder eran de las que hubiesen hecho la fortuna de la cortesana. Esto aparte de que las mujeres—sin ser Enriquetas de Wilson—se las entienden tan á maravilla en todo lo que sea hacer reservas en favor de su sexo! Tienen el genio de las matemáticas, como los hombres, y todos los genios; y no perdonan á Sheridan, á pesar del suyo, la impertinencia de haber hecho esculpir su mano como la más bella de Inglaterra.



X

Aunque Alcibiades haya sido el más hermoso de los buenos Generales, Jorge Bryan Brummell no tenía espíritu militar. No estuvo mucho tiempo en el 10.º de húsares. Quizá ingresó en él con un objeto más serio de lo que ha solido creerse—para acercarse al príncipe de Gales y anudar las relaciones que hicieron de él inmediatamente un hombre de viso.—Se ha dicho con harta ligereza que el uniforme debió ejercer una fascinación irresistible sobre Brummell. Era explicar el dandí con sensaciones de subteniente. Un dandí que todo lo marca con su sello, que no exista sin cierta origi-

que castran los corazones, dificultan un poco la existencia de señoritas de Lespinase, si acertaran á nacer; y en cuanto á una Carolina Lamb, no la tuvo Brummell porque las mujeres son más sensibles á la traición que á la indiferencia. Sólo una, que nosotros sepamos, se arriesgó á pronunciar frases de esas que ocultan la pasión y la descubren, y es la cortesana Enriqueta Wil. on. Cosa natural: ambicionaba, no el corazón de Brummell, sino su gloria. Las cualidades á que el dandí debía su poder eran de las que hubiesen hecho la fortuna de la cortesana. Esto aparte de que las mujeres—sin ser Enriquetas de Wilson—se las entienden tan á maravilla en todo lo que sea hacer reservas en favor de su sexo! Tienen el genio de las matemáticas, como los hombres, y todos los genios; y no perdonan á Sheridan, á pesar del suyo, la impertinencia de haber hecho esculpir su mano como la más bella de Inglaterra.



X

Aunque Alcibiades haya sido el más hermoso de los buenos Generales, Jorge Bryan Brummell no tenía espíritu militar. No estuvo mucho tiempo en el 10.º de húsares. Quizá ingresó en él con un objeto más serio de lo que ha solido creerse—para acercarse al príncipe de Gales y anudar las relaciones que hicieron de él inmediatamente un hombre de viso.—Se ha dicho con harta ligereza que el uniforme debió ejercer una fascinación irresistible sobre Brummell. Era explicar el dandí con sensaciones de subteniente. Un dandí que todo lo marca con su sello, que no exista sin cierta origi-

nalidad exquisita (lord Byron) (1), ha de odiar por fuerza el uniforme. Bien es verdad que, aun tratándose de cosas más serias que esta cuestión del traje, la indole de las facultades de Brummell lo condena á ser mal juzgado, una vez muerta su influencia. Mientras vivió, la sufrían los más recalcitrantes; pero ahora, y con los prejuicios corrientes, es una psicología difícilísima el análisis de tal personalidad. Las mujeres no le perdonarán nunca haber tenido gracia, como ellas, ni los hombres el no tenerla, como él.

(1) Sólo un inglés puede emplear esa expresión. En Francia no tiene altares la originalidad; se le niega el agua y el fuego; se la odia como una distinción nobiliaria. Subleva á las gentes mediocres, que siempre tienen preparada, como los que son de otra manera que ellas, una de esas mordeduras de encías que no desgarran, pero ensucian. Ser como todo el mundo es para los hombres el principio equivalente á ese otro de las *Bodas de Figaro* que se inculca en las cabezas de los jóvenes: *es menester que te hagas considerar*.—(Nota del A.)

Lo hemos dicho más arriba, pero no nos cansaremos de repetirlo: lo que crea al dandí es la independencia. De otro modo, habría una legislación del dandismo, y no la hay (1). Todo dandí es osado, pero un osado con tacto, que se detiene á tiempo, y que entre la originalidad y la excentricidad encuentra siempre el famoso punto de intersección de Pascal. He ahí por qué no pudo doblegarse Brummell á las exigencias del Código de la milicia, que es un uniforme también. Bajo este punto de vista, fué un oficial detestable. Mr. Jesse, ese admirable cronista que no quiere hacer gracia de nada, refiere varias anécdotas sobre la indisciplina de su héroe. Rompe las

(1) Si la hubiese, se podría ser dandí ajustándose á la ley. Sería dandí el que quisiera; todo se reduciría á seguir una prescripción. Por desgracia, para los pollastros, no es así. Hay, sin duda, en materia de dandismo, algunos principios y algunas tradiciones; pero sobre todo eso se levanta el capricho, y el capricho no es lícito sino á aquellos á quienes cuadra y que saben consagrarlo prácticamente.—(N. del A.)

filas en las maniobras y falta á las órdenes de su coronel; pero el coronel está subyugado por su hechizo, y no hay miedo de que se encolerice. Brummell asciende á capitán en tres años. De repente recibe su regimiento la orden de ir de guarnición á Manchester, y eso basta para que el capitán más joven del más magnífico regimiento del ejército abandone el servicio. Dijo al príncipe de Gales que no quería alejarse de él—explicación más lisonjera que hablar de Londres, que era lo que realmente le atraía.—Allí había nacido su gloria; era autóctono de los salones donde la riqueza, el ocio y el último grado de civilización producen esas afectaciones encantadoras que han reemplazado á la naturalidad. ¡Caer en Manchester, ciudad manufacturera, la perla del dandismo, era cosa tan monstruosa como ver á un Rivarol en Hamburgo!

Salvó el porvenir de su renombre: se quedó en Londres. Tomó habitación en Chesterfield-Street, número 4, frente á Jorge Selwyn—uno de esos astros de la moda á los cuales había

hecho palidecer.—Su fortuna material aunque bastante considerable, no estaba al nivel de su posición. Muchos hijos de lores y de nababs ostentaban un lujo que hubiese eclipsado al suyo, si lo que no piensa pudiese eclipsar á lo que piensa. El hijo de Brummell era más inteligente que brillante, era una nueva prueba de la superioridad de ese espíritu que dejaba el escarlata para los salvajes, y que más tarde inventó este gran axioma: «Para ir bien puesto no hay que llamar la atención.» Bryan Brummell tuvo caballos de mano, un excelente cocinero y un *home* como el de una mujer poética. Daba comidas deliciosas en que los convidados eran tan selectos como los vinos. Le gustaba beber hasta embriagarse, como á los hombres de su país, y, sobre todo, de su época (1). Linfá-

(1) Todos bebían, desde los más ocupados hasta los más ociosos, desde los *lazzaroni* de salón, los dandies, hasta los ministros de Estado. Beber como Pitt y Dunnas ha pasado á ser un proverbio. Cuando bebía Pitt,

tico y nervioso, devorado por el tedio de esa existencia ociosa á la inglesa, de que no se libra más que á medias el dandismo, buscaba las emociones de la nueva vida que se encuentra en el fondo de los brebajes, vida que palpita más enérgicamente, que vibra y deslumbra. Pero aun entonces, con un pie en el vertiginoso abismo de la embriaguez, permanecía dueño de sus bromas y de su elegancia, como Sheridan, de quien se habla siempre, porque sin cesar se le ve en la sumidad de todas las superioridades.

Por eso subyugaba. Los predicadores metodistas (é Inglaterra es el país de ellos), todos los miopes que se han atrevido á lanzar apreciaciones sobre Brummell, lo han pintado con falsedad notoria como una especie de figurín sin cabeza y sin entrañas, y para

aquella gran alma, llena de amor de Inglaterra, pero no saciada por él, bebía sedienta de variedad. Los hombres fuertes tratan á menudo de aturdirse; pero ¡ay! la Naturaleza no siempre se presta á sus deseos.--(N. del A.)

rebajar aún más al hombre, han rebajado la época en que vivió, tildándola de loca. ¡Empeño y trabajo inútil. Ya pueden asestar tajos y mandobles sobre ese tiempo glorioso para la Gran Bretaña, como se golpeaba en Florencia la bola de oro donde estaba contenida el agua que se quería comprimir; como aquí el elemento rebelde atravesó las paredes antes que ceder, allí no se conseguirá que la sociedad inglesa de 1794 á 1816 descienda hasta quedar reducida á una mera sociedad decadente. Hay siglos que resisten á cuanto se diga de ellos para denigrarlos. La gran época de los Pitt, de los Fox, de los Windham, de los Byron, de los Walter Scott ¿habría de empequeñecerse de repente, sólo porque estuvo llena del nombre de Brummell? Pues, si tal pretensión es absurda, eso significa que Brummell poseía algo digno de atraer y de cautivar las miradas de una gran época, miradas que no se cautivan, como los pajarillos con el espejuelo, por el simple señuelo de graciosos ó espléndidos trajes. Brummell, aunque

apasionado de ellos, concedía, sin embargo, mucha menos importancia de la que se ha creído á ese arte del aderezo personal practicado por el gran Chatham (1). Sus sastres Davidson y Meyer, á quienes se ha querido convertir, con toda la sandez de la insolencia, en padres de su fama, no ocuparon en su vida el puesto que se les atribuye. No hay sino escuchar á Lister, que pinta con fidelidad: «Repugnábale pensar que sus sastres entrasen por nada en su renombre, y no confiaba más que en el atractivo exquisito de la fina y noble desenvoltura que poseía en grado superlativo.» Claro es que al principio, con sus tendencias á la exterioridad, y en el momento en que el democrático Carlos Fox introducía el tacón rojo en los salones de Inglaterra, Brummell debió preocuparse de la forma bajo todos sus aspectos. No ignoraba que el traje tiene un influjo latente, pero positivo, sobre

(1) El único hombre histórico que ha sido grande sin ser sencillo.—(N. del A.)

los hombres que más lo desdeñan desde las majestuosas alturas de sus espíritus inmortales. Pero poco á poco se desprendió, según dice Lister, de esa preocupación de joven, hasta allí donde era conforme con la observación y la experiencia. Siguió visitando de una manera intachable, pero gastó prendas de colores apagador, simplificó su corte y las llevó sin pensar en ellas (1). Por tal camino llegó á esa perfección en que el arte se da la mano con la naturaleza. Eso sí, sus medios de producir efecto eran del más noble linaje, y es lo que ha solido olvidarse demasiado, al considerarlo como un ser puramente físico, cuando antes bien era intelectual hasta en su género de belleza, porque brillaba mucho más por la fisonomía que por la corrección de las facciones. Tenía

(1) ¡Cómo si fuesen imponderables! Un dandi puede gastar, si quiere, diez horas en su arreglo, pero, una vez terminado, lo olvida. Los que han de advertir que va bien puesto son los demás.—(N. del A.)

el pelo casi rojo como Alfieri, y una caída del caballo en una carga había alterado el corte griego de su perfil. El carácter de la cabeza poseía más belleza que la cara, y su continente—la fisonomía del cuerpo—sobrepujaba á la misma perfección de sus formas. Escuchemos á Lister: «No era guapo ni feo; pero había en toda su persona una expresión de finura y de ironía concentrada, y una penetración increíble en sus ojos.» A veces esos ojos sagaces sabían helarse de indiferencia sin menosprecio, como cuadra á un dandi consumado, á un hombre que tesora dentro de sí algo superior al mundo visible. Su magnífica voz hacia que la lengua inglesa pareciese tan bella al oído como lo es á los ojos y al pensamiento. «No afectaba ser corto de vista—sigue diciendo Lister;—pero cuando las personas que había delante de él no tenían la importancia que hubiese deseado su vanidad, sabía encontrar esa mirada tranquila, pero errante, que pasa por una persona sin reconocerla, que no se fija ni se deja atraer, que nada ocupa ni desvía.» Tal

era el bello Jorge Bryan Brummell. Nosotros, que escribimos estas páginas, le vimos en su vejez, y descubrimos lo que había sido en sus años más brillantes; porque la expresión no está á merced de las arrugas, y un hombre, notable ante todo por la fisonomía, es mucho menos mortal que cualquiera otro.

Añadamos que lo que esa fisonomía prometía lo cumplía con creces el espíritu. No en balde se agitaba el rayo divino alrededor de su envoltura. ¿Y sería justo negarle inteligencia, porque su inteligencia, de una especie infinitamente rara, se consagrara poco á las cosas que dominan la de otros hombres? Era un gran artista á su modo, sólo que su arte no era especial; no lo practicaba en momentos dados. Ese arte era su vida misma, el fulgor eterno de facultades que no reposan en el hombre, creado para vivir con sus semejantes. Agradaba con su persona, como otros con sus obras. Su valía estaba en el campo de acción. ¡Cosa difícil! Sacaba de su tor-

peza (1) á una sociedad terriblemente extragada, culta, presa de todas las fatigas de las civilizaciones viejas, y eso sin sacrificar un ápice de su dignidad personal. Se respetaba hasta sus caprichos. Ni Etherege, ni Cibber, ni Congréve, ni Vanburgh, podían introducir tal personaje en sus comedias, porque nunca le alcanzaban los dardos del ridículo. Si no los hubiese esquivado á fuerza de tacto y desafiado á fuerza de aplomo, se hubiese precavido contra ellos á fuerza de ingenio, escudo que tenía un dardo en su centro y convertía la defensa en agresión. Ahora se comprenderá me-

(1) Sin salir de la suya. Hay, efectivamente, en la amabilidad algo demasiado activo y directo para que un dandi sea perfectamente amable. Un dandi no tiene nunca preocupación ni ansiedad por nada. Si hay, pues, quien se ha aventurado á decir que Brummell fué amable ciertas noches, es porque la coquetería de los hombres de valer puede ser mediana y parecer irresistible. Son como las mujeres bonitas, á quienes se lo agradecemos todo (los hombres, por supuesto).—(N. DEL A.)

jor quizá al hombre. Los más refractarios para apreciar la gracia insinuante, estiman la fuerza que impone, y cuando se sepa, que no se sabe lo suficiente, la fuerza satírica que poseía Brummell, parecerá menos fabuloso é inexplicable el imperio que ejerció sobre su época. La ironía es un genio que dispensa de todos los demás: comunica al hombre un aspecto de esfinge que preocupa como un misterio é inquieta como un peligro (1). Ahora bien: Brummell lo poseía y sabía emplearlo de modo que helaba todos los amores propios, aun halagándolos, y redoblaba el interés de una conversación superior provocando el miedo de las vanidades, el cual, si no da ingenio, estimula el de los que lo tienen, y hace circular más

(2) «Es usted un palacio en un laberinto», escribía una mujer, impacientada á consecuencia de mirar sin ver y de buscar sin descubrir. No sabía ella que expresaba un principio de dandismo. *Palacio* no lo es ciertamente el que quiere, pero siempre *puede* ser uno *laberinto*.—(N. del A.)

deprisa la sangre de los que no lo tienen. El genio de la ironía es el que hizo de él el mayor burlón que hubo jamás en Inglaterra. «No había--dice el autor de *Branby*-- exhibidor de animales más hábil en poner de manifiesto la destreza de un mono que él en descubrir el lado ridículo, más ó menos profundamente oculto, de todo hombre; no tenía igual su talento para trastear á la víctima y obligarla á ella misma á exponer sus ridiculeces bajo el mejor aspecto posible. Gusto un poco feroz, si se quiere; pero el dandismo es fruto de una sociedad que se aburre, y el aburrimiento no cría buena sangre.

He ahí lo que importa no perder de vista cuando se juzga á Brummell. Ante todo era un dandí, y no se trata más que de su poder. ¡Singular tiranía que no sublevaba! Como todos los dandies, se gozaba más en asombrar que en agradar: preferencia muy humana, pero que lleva lejos á los hombres, porque el más bello de los asombros es el espanto. ¿Dónde detenerse en esa pendiente? Sólo Brummell lo sabía.

Derramaba en dosis perfectamente iguales, la simpatía y el terror, y con ellas componía el filtro mágico de su influencia. Su indolencia le vedaba el entusiasmo, porque entusiasmarse es apasionarse, apasionarse es rendirse á alguna cosa, y rendirse á alguna cosa es mostrarse inferior; pero, en cuanto á sangre fría, no tenía rival. Era tan mordaz en la conversación como Hazlitt en sus escritos. Sus palabras crucificaban (1); sólo que su impertinencia, revistiendo demasiadas proporciones para condensarse y encerrarse dentro de los límites del epigrama, trascendía de las frases, que

(1) No las lanzaba, sino que las dejaba caer. El gracejo de los dandies, jamás es retozón ni chispeante. No tiene esos movimientos de azogue y de llama del de un Casanova, por ejemplo, ó de un Beaumarchais, pues si por acaso se le ocurriesen las mismas palabras, las pronunciaría de otro modo. Aunque los dandies representen el capricho en una sociedad metódica y simétrica, no dejan de respirar el afrentoso contagio del purita.

la expresaban, á los actos, á los ademanes y al sonido de su voz; era, en suma, un arte vivo que Brummell practicaba con la superioridad indiscutible que exige, entre personas distinguidas, para ser tolerado, por lo mismo que está á dos pasos de la grosería como lo sublime de lo ridículo, y, no bien sube de color, se degrada y desvanece. Genio semi-velado siempre, la impertinencia no ha menester, para exteriorizarse, del auxilio de palabras; sin hacer gran hincapié, tiene una fuerza de penetración harto superior al más brillante epigrama.

Cuando existe, es el arma que mejor puede imponer respeto á la vani-

nismo, por bien organizados que estén. Viven en esa torre de la Peste, y semejante habitación es malsana. Por eso hablan tanto de dignidad. Creerían probablemente carecer de ella, si se entregasen al frenesí de las ingeniosidades. Se hallan constantemente en las alturas de la dignidad como en el remate de una estaca, lo cual, por flexible que uno sea, embaraza un poco para moverse, y obliga á estar demasiado tieso.—(N. del A.)

dad de los de nós, tan hórtil frecuentemente; es asimismo el velo más elegante para ocultar las propias flaquezas. ¿Qué otra cosa necesitan los que la tienen? ¿No ha hecho ella por la reputación del talento del príncipe de Talleyrand más que ese mismo talento? Hija de la Ligereza y del Aplomo—cualidades que parecen excluirse—es también hermana de la Gracia, á la cual debe ir unida. Las dos se embellecen por su mútuo contraste: porque la Gracia, sin la Impertinencia, ¿no se parecería á una rubia demasiado sosa? y la Impertinencia, sin la Gracia, ¿no sería una morena demasiado provocativa? Para que ambas ganen, conviene entremezclarlas.

Y he aquí lo que Jorge Bryan Brummell conseguía como nadie. Ese hombre, tan superficialmente juzgado, fué una verdadera potencia intelectual: como que reinó por su porte y sus maneras más aún que por sus palabras. Su acción era más directa que la que ejerce exclusivamente el lenguaje. La producía merced á la entonación, la mirada, el ademán, la inten-

ción transparente, el silencio mismo (1); y eso puede explicar las pocas palabras que ha dejado. Hay que advertir, por otra parte, que esas palabras, á juzgar por las que registran las Memorias del tiempo, no tienen sabor para nosotros ó lo tienen excesivo, que es otra manera de no tenerlo. Se nota en ellas la ruda influencia del genio salobre de ese pueblo que riñe á puñetazos y se emborracha, y que no estima groseras, cosas que dejarían

(1) Cultivaba demasiado la conversación para no estar frecuentemente silencioso; pero ese silencio no tenía la profundidad del que guardaba el que ha escrito: «Me miraban para saber si comprendía sus ideas y sus juicios sobre no sé qué. Pero probablemente me tomaban por una mediana de salón, y á mí me divertía mucho la opinión presumible que formaban de mí persona. He pensado en los reves que gustan de guardar el incógnito.» Esta solitaria y orgullosa conciencia de sí mismo debe ser desconocida de los dandíes. El silencio de Brummell era un medio más de producir efecto, la coquetería de esos seres seguros de agradar, y que saben por dónde se enciende el deseo.—(N. del A.)

de ser delicadas para nosotros. Medítese esto. Lo que se llama *donaire* en los productos del pensamiento, como cosa íntimamente relacionada con la lengua, con las costumbres, con la vida social, con las circunstancias que más varían de pueblo á pueblo, debe morir, como en extraño ambiente, en el destierro de una traducción. Las mismas expresiones que lo designan son intraducibles con propiedad en la profundidad de su sentido. Pruébese, sino, á encontrar correlativos al *wit*, al *humour* y al *fun*, que constituyen la *vis* inglesa bajo su triple aspecto original. Mudable, como todo lo individual, el *donaire* no se translada de una á otra lengua, á la manera que no se translada la poesía, á pesar de inspirarse en sentimientos generosos. Como ciertos vinos que no pueden viajar, hay que saborearlo en su tierra. Tampoco puede envejecer; es de la condición de las rosas más bellas, que pasan pronto; y quizá en eso reside el secreto del placer que proporciona. Dios ha reemplazado á menudo la duración por la intensidad

de la vida, á fin de que no se perdiese en nuestros corazones el generoso amor á las cosas perecederas.

No se citarán, pues, las rases de Brummell, ni justificarán su renombre, á pesar de que se lo dieron, porque las circunstancias de donde surgían, y que, por decirlo así, las cargaban de electricidad, ya no existen. No removamos ni contemos, pues, esos granos de arena, antiguas chispas que el tiempo dispersó después de apagarlas. Gracias á la diversidad de las vocaciones, hay glorias que no son más que ruidos en medio de un silencio, y que deben alimentar para siempre las divagaciones soñadoras desesperando á la razón.

Mas ¿cómo no maravillarse de que cayese esa oleada de gloria sobre un hombre tan positivo como Brummell, que lo era tres veces, puesto que era vanidoso, inglés y dandi? A imagen de todas las gentes positivas, que no viven lejos de sí propias, y que no tienen fe ni voluntad más que para los goces materiales, Brummell no deseó nunca sino esos goces, y los tuvo á

discreción. Fué pagado por el destino en la moneda que más estimaba. La sociedad le brindó los deleites de que dispone, y no los había mayores para él (1); porque no pensaba, á ejemplo de Byron, tan pronto renegado como relapso del dandismo, que el mundo no vale una sola de la alegrías que nos quita. El mundo no le había quitado ninguna á aquella vanidad eternamente embriagada.

(1) Los moralistas preguntarán arrogantemente: ¿Y fué feliz sin más que esa felicidad del mundo que inspira compasión? ¿Y por qué no?... La vanidad satisfecha puede bastar á la vida lo mismo que el amor satisfecho. Pero ¡el hastío!... ¡Ay, Dios mío! Esa es la paja en que se quiebra el acero mejor templado en punto á felicidad. Es el fondo de todo, y para todos; con mayor razón para un alma de dandi, para uno de esos hombres de quienes se ha dicho muy ingeniosa, pero también muy tristemente: «Reunen en torno suyo todos los atractivos de la vida, pero al modo de una piedra que atrae el musgo sin dejarse penetrar por la frescura que lo envuelve.»—(N. del A.)

Desde 1799 á 1814 no hubo en Londres *raout* (1) ni fiesta donde no se mirase como un triunfo la presencia del gran dandí, y su ausencia como una catástrofe. Los periódicos inscribían su nombre á la cabeza de los más ilustres invitados. En los bailes de Almack, en los *meetings* de Ascott, todo se doblegaba á su dictadura. Fué jefe del club Watier, de que era miembro lord Byron, juntamente con lord Alvanley, Mildmay y Pierrepont. Era el alma (¡es alma lo que hay que decir!) del famoso pabellón de Brighton, de Carlton-House, de Belvoir. Unido más particularmente con Sheridan, la duquesa de York, Erskine, lord Townshend y aquella apasionada y singular duquesa de Devonshire, poetisa en tres lenguas, y que besaba á los carniceros de Londres con sus labios patricios para ganar votos á Mr. Fox, imponíase aun á los mismos que podían juzgarlo, á los que hubieran podido encontrar el vacío dentro

(1) Reunión.

del hermoso busto, si no hubiese sido realmente más que el favorito del azar. Se ha dicho que madame de Stael casi llegó á afligirse por no haberle agradado. La omnipotente coquetería de su talento fué constantemente rechazada por el alma fría y la burla eterna del dandí que tenía buenas razones para reírse del entusiasmo. Corina no conmovió á Brummell, como tampoco á Bonaparte; coincidencia que recuerda la frase ya citada de lord Byron. En fin, éxito más original aún: otra mujer, lady Stanhope, la amazona árabe que huyó á galope de la civilización europea y de las rutinas inglesas—ese viejo circo en que la gente da vueltas sin cesar—para reanimar sus sensaciones en medio de los peligros y de la independencia del desierto; esa mujer, al cabo de muchos años de ausencia, no se acordaba, de entre todos los seres civilizados que dejaba tras de sí, sino del más civilizado quizás, del dandí Jorge Brummell.

Confesémoslo: cuando se reflexiona en esas impresiones vivas é imborra-

bles, experimentadas por las eminencias de una época, no hay más remedio que tratar al que las produjo, así fuese un fatuo, con la seriedad que merece todo lo que triunfa de las imaginaciones de los hombres. Los poetas, por la sola razón de reflejar su tiempo, se han impregnado de Brummell. Moore lo ha cantado; pero ¿quién dice Moore? (1) Brummell fué, iacaso, una de las musas de *Don Juan*, invisible para el poeta. Por lo menos, ese extraño poema tiene un tono esencialmente dandí desde el principio hasta la conclusión, é ilustra de una manera extraordinaria la idea que podemos formarnos de las cualidades y de la índole del espíritu de Brummell. A esas cualidades extinguidas debió el subir y mantenerse sobre el horizonte, de donde no bajó, sino que cayó, llevándose consigo una cosa que después no ha reaparecido más que

(1) Dejando aparte el sentimiento irlandés, no era sino un poeta de pastora.—(N. del A.)

degradada. El dandismo (1) ha sido reemplazado en nuestros días por el

(1) Ha habido un D'Orsay. Pero D'Orsay, *león* en el sentido de la *fashion*, y que no dejaba de tener la belleza de los del Atlas, no era un dandí. La gente se ha engañado á propósito de él. Era una naturaleza infinitamente más compleja, más amplia y más humana que esa singularidad inglesa. Se ha dicho mucho, pero hay que insistir en ello sin cesar; la linfa, esa especie de agua muerta que no levanta espumas más que cuando la fustiga la vanidad, es la base fisiológica del dandí, y D'Orsay tenía la sangre roja de Francia. Era un hombre nervioso, sanguíneo, de recios hombros, de pecho á lo Francisco I y de belleza simpática. Tenía una mano soberbia y una manera de alargarla que cautivaba y arrebatava los corazones. No era el *shake-hand* altanero del dandismo. D'Orsay agradaba tan natural y apasionadamente á *todo el mundo*, que hasta hombres llevaban su retrato! mientras que los dandies no hacen llevar á los hombres sino lo que sabéis, y *agradan á las mujeres incurriendo en su desagrado*. (Jamás se olvide, al juzgarlos, este matiz.) D'Orsay, en fin, era un rey lleno de

turf embrutecedor. Ahora, en la *high life* no hay ya más que jockeys y aza-

benevolencia, y la benevolencia es un sentimiento enteramente desconocido de los dandíes. Verdad es que tenía, como ellos, el arte del aderezo personal, no brillante, sino profundo; y por eso, sin duda, lo han mirado los superficiales como el sucesor de Brummell: pero el dandismo no es el arte brutal de ponerse una corbata. Dandíes ha habido que ni siquiera la han llevado nunca. Ejemplo: lord Byron, que tenía un cuello tan hermoso. A mayor abundamiento, D'Orsay fué un artista. Con aquella mano *que daba demasiado*—porque la coquetería reina mucho más por lo que rehúsa que por lo que concede—esculpía, y no á la manera que Brummell pintaba sus abanicos para caras postizas y cabezas huérfanas. Los mármoles que ha dejado D'Orsay tienen pensamiento. Añádase á este talento de escultor que estuvo á punto de ser escritor, y que á los veintitrés años mereció aquella carta de Byron á Alfredo D... incluida en esas famosas Memorias en que la vileza de Moore ha reemplazado los nombres por asteriscos y las anécdotas curiosas por puntos... (Buena perrona el tal Moore!) Aunque fatuo, D'Orsay fué amado

zadores de perros, y estos tales son los que gozan de la notoriedad.

por las mujeres más *fatuas* de su tiempo. No se habla de las naturales: nunca hay más de dos ó tres en un siglo; ¿á qué hablar de ellas? Hasta llegó á inspirar una pasión duradera, y que será siempre histórica. No sucede lo mismo con los dandíes, á quienes na se ama sino por *espasmos*. Las mujeres, que los detestan, no dejan de rendirseles de todos modos, y para ellos vale por muchas libras esterlinas estrechar odios en sus brazos... En cuanto al duelo delicioso en que vemos á D'Orsay tirando su plato á la cabeza de un oficial que hablaba mal de la Virgen, y batiéndose por ella, porque era una mujer, y no quería que se faltase al respeto á una mujer en su presencia, ¿hay nada menos dandí y más francés?—(N. del A.)



XI

Al escribir esta historia de impresiones más bien que de hechos, pronto se llega á la desaparición del meteorito, al fin de esa novela increíble, aunque nada fabulosa, de que fué heroína la sociedad de Londres, y héroe Brummell. Pero, en la realidad, ese fin se hizo esperar mucho. A falta de hechos, que son la medida histórica del tiempo, tómense fechas, y se apreciará la profundidad de ese influjo por su duración. De 1793 á 1816 van veintidós años. Ahora: en el mundo moral como en el físico, lo que es ligero fá-

ilmente se disipa. Un éxito continuo de tantos años prueba, pues, claramente, que la existencia de Brummell respondía á una necesidad de la naturaleza humana bajo el imperio del convencionalismo social. Así, cuando más tarde tuvo que abandonar á Inglaterra, no desapareció el interés que supo concentrar en su persona. El entusiasmo no se apartaba de él. En 1812 y en 1813 era más poderoso que nunca, á pesar de los descalabros que por culpa del juego sufrió su fortuna material, base de su elegancia. Era muy jugador, en efecto; y no hay para qué dilucidar si estaba en su organismo ó en las tendencias de la sociedad en que vivía, esa audacia que afronta lo desconocido y esa sed de aventuras que engendra los jugadores y los piratas; lo seguro es que la sociedad inglesa se siente más ávida aún de emociones que de guineas, y que no se domina una sociedad sino compenetrándose de sus pasiones. Otra razón había, á lo que parece, para que Brummell declinara aparte de las pérdidas en el juego, y fué su ruptura con el Prín-

cipe que le consagró su amistad, y que, por decirlo así, había sido el único cortesano de sus relaciones. El Príncipe adquirió obesidad—pólipo que atenaza la belleza, y la mata estrujándola suavemente—y Brummell, con su implacable ironía y con ese infernal orgullo que el éxito inspira á los corazones, llegó á burlarse á veces de los esfuerzos de coqueta impotente para reparar las injurias del tiempo que comprometían al príncipe de Gales. Habiendo en Carlton-House un portero de una corpulencia monstruosa á quien se apodaba *Big-Ben* (Benjaminón), Brummell trasladó al señor el apodo del criado. A mistress Fitz-Herbert la llamaba también *Benina*. Befas tan audaces no podían menos de herir en lo hondo á aquellas almas vanidosas; y entre las mujeres que rodeaban al Príncipe hereder, no fué su amante la única en ofenderse por las familiaridades de la ironía de Brummell. Tal fué, para decirlo de pasada, la causa real de la desgracia en que cayó de repente el gran dandí. La historia de la campanilla, que

se dió como explicación en un principio, es apócrifa, á lo que parece (1). Mr. Jessa la rechaza, apoyándose, no sólo en la negativa de Brummell, sino en la vulgar insolencia (*the vulgar impudence*) que revela, y tiene razón; porque insolencia, muy á menudo la tenía el dandi, pero vulgaridad nunca. Sobre que, además, un hecho aislado, por significativo que sea, no iguala en gravedad, para motivar la caída, á los cien mil saetazos envenenados que Brummell disparaba con la mayor naturalidad contra las afectaciones del Regente. Lo que toleró el marido de Carolina de Brunswick, no podía soportarlo el amante de mistress Fitz-Herbert, de lady Conyn-

(1) He aquí la historia. Supónese que una noche, estando cenando, y para ganar la más irrespetuosa de las apuestas, Brummell dió esta orden al príncipe de Gales: «Jorge, llame usted!» señalándole la campanilla. Se añade que el Príncipe obedeció, y que, indicando á Brummell, dijo al criado que se presentaba: «Lleven á la cama á ese borracho.—(N. del A.)

gham (1). Y si aun hubiera soportado que el favorito hiriese impunemente á las favoritas, el Príncipe no podía sufrir sin resentirse que se le atacase á él en su persona física, su verdadero yo. El «¿Quién es ese gordiflón?» dicho públicamente por Brummell en Hyde Park, señalando á su Alteza Real, y multitud de frases semejantes, lo explican todo mucho mejor que un olvido de las conveniencias, máxime estando disculpado por una apuesta.

(1) La influencia y las chanzas mismas de Brummell entraron por mucho en el alejamiento del príncipe de Gales respecto de Carolina de Brunswick. Sabido es que aquella famosa noche de bodas, pasada por el Príncipe sobre una alfombra al lado del fuego, mientras la joven esposa lo esperaba entre las blandas plumas del lecho nupcial, fué precedida de una cena con los dandies. Esos hombres positivos no se entusiasmaban con el sentimentalismo vaporoso, algo materializado después, que Carolina traía entonces de Alemania; ¡y luego, Carolina era la mujer legítima en el país de la felicidad conyugal oficial, y de

Pero hacia esta época (1813) ni el alejamiento rencoroso del Príncipe ni los reveses sufridos en el juego, habían quebrantado todavía la posición de Brummell. La mano que sirvió á su elevación no lo dejó caer al retirarse, y la opinión de los salones le quedó fiel. No fué eso todo. El Regente vió con amargura á un dandí medio arruinado luchar arrogantemente en influencia contra él, al hombre más elevado de la Gran Bretaña. Anacreonte-

las *escanciadoras* de tel. Ahora bien: el dandismo, que busca lo imprevisto y detesta la pedantería de las virtudes domésticas, debe preferir todas las desgracias acarreadas por una amante á la imperturbable felicidad pública de lord y lady Grey, por ejemplo, tan ensalzada por madame de Staël. Los dandies, que se codean en Inglaterra con esas dichas legales, no tienen ni pueden tener las opiniones de madame de Staël, que no podía verlas mucho en los salones de París. La poesía nace de la distancia, y bien es que la imaginación tenga siempre una quimera que acariciar; pero cuando la mujer que se retrata en Corina, que

Arquiloque Moore, que no siempre escribía en papel azul celeste, y cuyo odio irlandés sabía acertar á veces con la frase más mortífera, ponía en boca del príncipe de Gales estos versos dirigidos al duque de York y citados en todas partes: «Nunca he tenido resentimientos ni deseo de hacer daño á nadie, salvo, ahora que lo pienso, al bello Brummell, que el año pasado me amenazó colérico con hundirme en la nada, y hacer ocupar mi puesto en la *fashion* al viejo rey Jorge.» Esos versos ofensivos ¿no daban la razón al rey de los dandies cuando; á propósito del dandí regio, decía al coronel MacMahon: «Yo, que he hecho de él lo que es, bien puedo deshacerlo? ¿Y no demostraban palmariamente la independencia y la soberanía del poder

amó á D., que amó á C., que amó á T..., acaricia una quimera como aquella, se halla más lejos de la verdad del corazón y de la imaginación que los dandies, y rebaja á madame de Staël, reduciéndola á simple hija de mada, me Necker. — (N. del A.)

que ejercía en la opinión ese Warwick de la elegancia? Una prueba más patente aún de ese poderío dieron en 1813 los jefes del Club watter, que preparando una fiesta solemne, deliberaron en serio si invitarían al príncipe de Gales, estando enamorado con Brummell. Fué preciso que Brummell que sabía ser impertinente hasta en la generosidad, insistiera mucho en que se invitase al Príncipe. El se alegraba, sin duda, de ver en su campo (puesto que era del Club) al anfitrión que no veía en Carlton-House, y se bañaba en agua de rosas, preparando ese encuentro de los dos en presencia de toda la juventud dorada de Inglaterra; pero el Príncipe, inferior á sí mismo en esta entrevista, y olvidando sus pretensiones de cumplido caballero, no se acordó siquiera de los deberes que impone la hospitalidad á los que la reciben, y Brummell que esperaba oponer dandismo á dandismo, respondió á los esguinces de su Alteza con esa elegante frialdad en que se escudaba como en una armadura, y que lo hacía invulnerable (1)

(1) Quizá sería mejor decir: *que*

De todos los Clubs de Inglaterra ese Club Watier era precisamente en el que más dominaba el furor del juego. Había allí escándalos inauditos. Ebrios de Porto aderezado con jengibre, esos *estragados*, consumidos de *spleen* iban todas las noches á engañar su mortal aburrimiento y á enardecer su sangre normanda—sangre que no hierve más que cuando se saquea—exponiendo á un golpe de dados las más espléndidas fortunas. Brummell, como se ha visto, era el astro de ese famoso Club. No lo hubiera sido é no engolfarse en lo más recio del juego y de las apuestas que en él se cruzaban. En puridad de ver-

hacia creerlo invulnerable. Pero los dandies ahogan en su pecho el bello suspiro de laxitud de la Cleopatra de Shakespeare: «¡Ah! Si tú supieses qué trabajo es llevar tan cerca del corazón, como yo la llevo, esta indiferencia!» Esos estoicos de los salones embeben en su máscara la sangre que les corre, y siguen enmascarados. Para los dandies, como para las mujeres, *parecer es ser.* (N. DEL A.)

dad, no era ni más ni menos jugador, que todos los que se agitaban en ese delicioso pandemonium, donde se pedían sumas locas con una perfecta indiferencia, que era en tales casos para el dandi lo que la gracia para los gladiadores que caían en el circo. Muchos participaron, en todos conceptos, de la suerte común exactamente o mismo que él; pero muchos hubo que pudieron afrontarla más tiempo. Aunque hábil á fuerza de sangre fría y de costumbre, no podía nada contra el albur que debía hacerle pagar la felicidad de su vida con la pobreza de sus últimos días. Los extranjeros que llegaron á Londres en 1814, los oficiales rusos y prusianos de los ejércitos de Alejandro y de Blücher redoblaron la conflagración del juego entre los ingleses. Fué el momento terrible del desastre para Brummell. Su gloria y su posición tenían un punto aleatorio por donde una y otra debían eclipsarse. Como todos los jugadores, se encarnizó contra la suerte y fué vencido. Recurrió á los usureros, y se hundió en los préstamos—se ha

añadido que arrastrando su dignidad en la caída, pero sobre esto nada preciso consta. Lo que acaso habría podido autorizar algunos rumores es que estaba dotado de las cualidades peligrosas que, haciendo aparecer blanco lo negro, subliman hasta las mismas bajezas (1), y que él abusó á veces de esas cualidades. Así, por ejemplo, se recordaba haberle visto aceptar, en sus últimos apuros, una cantidad bastante considerable de un individuo que quería figurar entre los dandies, acogándose al hombre á quien reconocían por soberano. Después, reclamando el dinero en medio de un círculo numeroso, Brummell respondió tranquilamente al importuno

(1) Esas cualidades han arrastrado siempre á los que las tuvieron. Recuérdese, por ejemplo, á Enrique IV, al duque de Orleans (el Regente), á Mirabeau, etc., etc. Enrique IV las tenía en pequeño grado, es verdad, pero el Regente las tenía en gran escala y Mirabeau en escala enorme. Mirabeau desplegaba tanto orgullo en remover el cieno como alegría y gracia

acreedor que ya le había pagado. «¡Pagado! ¿cuándo?» preguntó sorprendido el prestamista; y Brummell, de la manera inolvidable que sabía, contestó: «Pues estando en la ventana de White, cuando pasó V., y le dije: *Jemmy, ¿cómo está V.?*» Tal respuesta extremaba la gracia hasta el cinismo, y no hacen falta muchas de ese jaez para prevenir desfavorablemente contra el que las pronuncia á todo el que las oye.

A parte de esto, acababa de sonar para Brummell la hora en que ya no se es justo con nadie, la hora de la desgracia. Su ruina estaba consumada; él lo sabía. Con su impasibilidad de dancí calculó, reloj en mano, el tiem-

el duque de Orleans en afrontar sus manchas. ¿No se ha visto á éste *espiritualizar* puntapiés en...? y de qué pie?... de la pezuña de Dubois. En esto pecaron, más que Brummell, esos profanadores de facultades adorables, porque no tenían, como él, en frente de sí, una sociedad puritana: cosa que explica todos los excesos y justifica muchos errores —N. del A.)

po que le quedaba de estar en el campo de batalla, en el teatro de los éxitos más admirables que jamás ha tenido hombre de mundo, y resolvióse á no exhibir en él su humillación después de la gloria. Hizo lo que esas orgullosas coquetas que prefieren abandonar al que aman todavía, antes que verse abandonadas por quien no las ama ya. El 16 de mayo de 1816, después de comer un plato de capón enviado por Watier, se bebió una botella de Burdeos (1)—Byron se bebió dos, cuando respondió al artículo de la *Revista de Edimburgo* con su sátira de los *Bardos ingleses y de los críticos escoceses*—y en seguida, á la manera que aventura una jugada el que se ve perdido, aun contando de antemano con el fracaso, escribió negligentemente esta carta, ya conocida:

(1) Sistema fisiológico inglés. El valor moral marcha al par con la fuerza física. Los ingleses son malos soldados si están mal alimentados. La gloria de Wellington, es haber sido siempre un excelente abastecedor —N. del A.)

«Mi querido Scrope: mándeme doscientas libras. El Banco está cerrado, y tengo todos mis fondos en el 3 por 100. Le devolveré ese dinero mañana por la mañana.

»Suyo affmo.,

»Jorge Brummell.»

Scrope Davies le contestó inmediatamente con esta otra carta, espartana en punto á leconismo y amistad:

«Mi querido Jorge: Es un gran contratiempo, pero tengo en el 3 por 100 todos mis fondos.

»Suyo affmo.

»Scrope.»

Brummell era demasiado dandi para sentirse de esta respuesta. No era hombre para moralizar sobre la materia, dice con mucha oportunidad Mr. Jerse. Por afición de jugador á las decisiones del azar, echó un papel al agua, y el agua se lo llevó. La respuesta de Scrope tenía una sequedad cruel; pero no era vulgar. Quedaba

pues, sano y salvo el honor de dandi á dandi. Brummell se vistió estoicamente, y aquella misma noche se presentó en la Opera. Allí fué lo que el fénix en la hoguera, y con más belleza aún, porque comprendía que no renacería de sus cenizas. ¿Quién hubiera dicho al verlo, que era hombre al agua? El coche que tomó después de la ópera fué una silla de posta. El 17 estaba en Douvres, y el 18 había abandonado á Inglaterra. Algunos días después de esa partida se vendía *by auction* (1) por orden del *sheriff* de Middlessex, el elegante mobiliario del dandi (*man of fashion*), «que había partido para el Continente», según decía el libro de venta. Los compradores fueron las personas más de moda de Londres y lo más distinguido de la aristocracia inglesa. Entre ellos figuraban el duque de York, los lores Yarmouth y Besborough, lady Warburton, sir H. Smyh, sir H. Peyton, sir W. Burgoyne, los coroneles Sheddony Cot-

(1) Pública subasta.

ton, el general Phipps, etcétera, etcétera. Todos querían, y pagaron como pagan los ingleses un capricho, aquellas preciosas reliquias de un lujo refinado, aquellos objetos consagrados por el gusto de un hombre, aquellas bagatelitas tocadas y usadas por Brummell. Lo que más caro pagó esa sociedad opulenta, en que lo superfino había pasado á ser lo necesario, fué precisamente lo que menos valor tenía en sí, las fruslerías (*the knick knacks*) que no son nada sino por la mano que las ha escogido y por el capricho que las ha engendrado. Brummell pasaba por tener una de las numerosas colecciones de tabaquerías que ha habido en Inglaterra. Se abrió una en que se leía, escrito de su puño: «Yo destinaba esta caja al Príncipe Regente, si se hubiese portado mejor conmigo.» La naturalidad de semejante frase hace subir de punto su impertinencia. Sólo las fatuidades de bajo vuelo carecen de sencillez.

Llegado á Calais, «acilo de los deudores ingleses», Brummell trató de engañar al destierro. Se había llevado

en la huida algunos restos de su pasada magnificencia, y esos restos de una fortuna inglesa eran casi una fortuna en Francia. En casa de un librero de la ciudad alquiló una habitación y la alhajó con un gusto suntuoso, que recordaba su gabinete de Chesterfield-Street ó sus salones de Chapel-Street, en Park-Lane. Sus amigos—si es lícito escribir una palabra tan sincera, porque los amigos de un dandi son hasta cierto punto los chichisveos de la amistad—proveyeron á los gastos de su vida, que durante mucho tiempo conservó cierto brillo. El duque y la duquesa de York, con quienes había intimado más desde su ruptura con el príncipe de Gales, Mr. Chamberlayne y otros muchos, acudieron entonces y después nobilísimamente en ayuda del Bello desgraciado, demostrando así, con más elocuencia que nunca, la poderosa impresión que produjo en todos los que le conocieron. Fué pensionado por los hombres á quienes cautivó, como un escritor ó un orador político lo son á veces por los partidos cuyas opiniones representan. No era

nueva ni degradante en las costumbres inglesas, esa liberalidad. ¿No recibió Chatham una suma considerable de la vieja duquesa de Marlborough por un discurso de oposición? Y Burke mismo, que no tenía la grandeza de Chatham, y que hacía *bombast* (1) en materia de virtud como de elocuencia, ¿no aceptó del Ministro, marqués de Rockingham, una propiedad que le valió el ser elegible para el Parlamento? Lo que era nuevo era el motivo de esa liberalidad; lo que era nuevo es que algunas personas recompensasen un placer sentido como se recompensa un servicio prestado; en lo cual no iban descaminadas, porque ¿puede hacerse mayor servicio á las sociedades aburridas, que proporcionarles algún placer?

Peró todavía hubo algo más asombroso que ese ejemplo de una gratitud siempre rara. El ascendiente del dandi no había muerto á manos de la ausencia; sobrevivía á su partida. Los salones de la Gran Bretaña se ocupa-

(1) *Bombast* es hinchazón.

ron de Brummell desterrado tanto como cuando estaba presente, dictando sus decretos á esa sociedad que se somete al que la ama, pero que aplasta al que la abandona. La atención pública traspasaba la niebla, franqueaba el mar, y llegaba hasta esa ciudad extraña de la otra orilla donde el dandi se había refugiado. La *fashion* hizo más de una peregrinación á Calais. Allí se vió á los duques de Wellington, de Rutland, de Richmond, de Beaufort, de Bedford; á los lores Sefton, Jersey, Willoughby Eresby, Craven Ward y Stuart de Rothsay. Tan soberbio como en Londres, Brummell conservó todos los hábitos de su vida exterior. Lord Westmoreland, pasando un día por Calais, le envió á decir que tendría mucho gusto en darle de comer y que la comida sería á las tres de la tarde. El Bello respondió que no comía nunca á esa hora, y desairó á su excelencia. Vivía, por lo demás, con la monótona rutina con que viven en el continente los ingleses ociosos, y en medio de una soledad tan sólo interrumpida por las visitas de sus com-

patriotas. Aun cuando no afectase altanería de aristócrata ó de misántropo, su cortesía respiraba tal solemnidad, que no atraía mucho á los hombres á quienes el azar lo acercaba: seguía siendo un extraño por la lengua (1), y lo era más aún por los hábitos de su pasado. Un dandi es más insular que un inglés, porque la alta sociedad de Londres es como una isla dentro de otra isla; y, á mayor abun-

(1) Se conoce la broma de Scrope Davies á que Byron dispensó el honor de un eco en uno de sus poemas: «Como Napoleón en Rusia, Brummell, al aprender el francés, fué vencido por los *elementos*.» Es un poco fuerte; pero, en fin es una broma. No dejó de ser incorrecto é inglés en nuestra lengua, como todas esas bocas acostumbradas á mascar el guijarro sajón y á hablar á orillas de los mares; pero su manera de decir, corregida por la selección ya que no por la propiedad de las palabras, y sus maneras de *gentleman* intachable, daban á lo que decía una distinción extraña y extranjera. una originalidad seria, aunque rara, que no dejaba de favorecerle.

damiento, no ha de excederse allí en flexibilidad y en agrado el que quiera parecer distinguido. Con todo, á pesar de su reserva un poco orgullosa (1), resistía menos á las insinuaciones, cuando se le hacían con el aliciente de una buena comida. Su afición á la mesa, delicada como un gusto, y exigente como una pasión, fué siempre uno de los aspectos más desarrollados de su sibaritismo. Gracias á esa sensualidad, bastante común en los hombres espirituales, era menos intratable su vanidad; pero todo lo oscurecía su incomparable aplomo. «¿Quién es ese que le saluda á V., Sef-tón?» preguntaba á lord Sef-ton en un paseo público, y era el honrado pro-

(1) Los dandies no rompen nunca completamente con el puritanismo original. Su gracia, por grande que sea no tiene la *soltura* de la de Richelieu; no llega nunca hasta el olvido de toda reserva. «En Londres—dice el príncipe de Ligne—cuando uno es persona afable y corriente, pasa por extranjero.—(N. DEL A).

vinciano en cuya casa comía él, Brummell, el día mismo que lo saludaba.

Vivió en Calais varios años, y probablemente ocultó muchos dolores bajo la capa de esa vanidad siempre prevenida. No dejó de sufrirlos también su inteligencia, viendo que le era imposible conversar á él, hombre de conversación ante todo (1). Su espíritu necesitado de la chispa del ajeno

(1) Se habla varias lenguas, pero no se *conversa* familiarmente más que en una. París mismo no hubiera reemplazado á Londres para Brummell. Esto aparte de que París corre hoy parejas con cualquier otra ciudad en punto al cultivo de la conversación amena y chispeante (de la *causerie*). La conversación es aquí casi nula, y Mad. de Stael no estaría ahora muy prendada de su *arroyo de la calle del Bac*. En París todos se preocupan demasiado del dinero que no tienen, y se creen demasiado iguales para pensar en lo que hablan... Hay tan pocas ganas de derrochar el ingenio como cualquier otra cosa. En Londres el interés de hacer una fortuna agita y domina á muchos espíritus; pero á cierta altura existe una sociedad que puede

para inflamarse, se hallaba huérfano de recursos. ¡Terrible angustia que ha sentido madame de Staell! El pensamiento de que su nombre llegaba á Londres, de que los más encopetados personajes de esa sociedad que ya no frecuentaba iban de cuando en cuando á llevarle algún recuerdo mezclado de una curiosidad imperecedera, no bastaba para indemnizarle de lo que ha-

pensar en algo más que en eso. Luego hay clases (clasificación buena ó mala, no hace al caso), y no se necesita más para poner en prensa el ingenio y hacer que brote su espuma. En una sociedad así ¿se menester tanta delicadeza para ser impertinente, y tanta gracia para que complazcan las cortesías! Ahora bien: las dificultades crean los héroes, y en París es demasiado fácil la vida de salón: todo se reduce á entrar y salir. Los escritores y los artistas deberían reanimar las sensaciones de los demás y tener siempre en su espíritu siquiera las limaduras de oro de sus trabajos, quedan tan deslucidos en sociedad como las gentes medianas. Fatigados de pensar durante todo el día, van á desentumecerse por la noche escu-

bía perdido. Pero la vanidad de un dandi, cuando sufre, es casi orgullo; enmudece, como la vergüenza. ¿Quién le ha tenido en cuenta eso al hombre frívolo? No sabiendo qué hacer quizás de facultades inútiles para lo sucesivo, se consagró á una correspondencia con la duquesa de York, á quien pintó un abanico de chimenea sumamente complicado, con figuras inventadas por él. En Belvoir, en Oatlands,

chando música que los absorbe como faquires, ó á tomar té como chinos. No conozco más que una excepción...

Brummell vino á París, pero no permaneció. ¿Qué podía hacer aquí? No gastaba ya el lujo que lo hubiera transformado de nuevo en un ser fascinador, así hubiera sido tan tonto y tan feo como el príncipe T... No le quedaba más que las maneras cuya significación se pierde de día en día. El pasado de ese hombre hubiese sido totalmente incomprensible: triste impresión para él triste espectáculo para los demás! Uno parecido ha dado la señora Guiccioli, y sin embargo, era mujer, y cuando se trata de una mujer hay siempre sexo y nervios en nuestras opiniones.—N. DEL A.)

en todas partes lo habían colmado de favores los Duques; pero desde la traición de la fortuna, la Duquesa le atostignó sentimientos que proyectan un rayo de seria ternura sobre esa brillante y árida vida (1). Brummell no lo olvidó jamás. Más aún: parece que, á no ser por la amistad de la duquesa de York, á quien había prometido no revelar lo que sabía de la vida íntima del Regente había escrito Memorias y rehecho así su fortuna; por-

(1) Son sentimientos singulares. No existe amistad entre las mujeres (¿por qué la verdad no es siempre original?), y un dandi es mujer en ciertos respectos. Cuando deja de serlo, es peor que una mujer para las mujeres; es uno de esos monstruos que llevan la cabeza encima del corazón. Hasta como amigo es detestable. Hay en el dandismo una frialdad, una sobriedad, un espíritu hurlón, y una movilidad, aunque contenida, que deben prevenir inmensamente á esas máquinas dramáticas de lágrimas para que en los enternecimientos son más aún que la ternura. En la primera juventud, menos les previene, por ejemplo, el odioso puritanismo. Los jóvenes

que los editores de Londres le ofrecieron sumas inmensas por precio de sus indiscreciones. Ese silencio tan delicado bien se lo hiciese guardar la Duquesa ó lo guardase de suyo, no traspasó grandemente la espesa capa de egoismo de Jorge IV. Verdad es que, cuando pasó por Calais, para ir á visitar su reino de Holanda (1821) dejó, con el abandono de un alma indiferente, que su séquito arreglase las

muy graves agradan á las jovencitas. Subyugadas por una actitud y no pocas veces por un encogimiento que se domina para no ser notado, creen ver profundidad cuando miran al vacío. Delante de un dandí, delante de la ligereza del espíritu, piensa en esa otra ligereza de que hablan las madres delante de sus hijas haciendo repulgos. Sin embargo, á pesar de eso —y acaso por eso, porque no dominan á quien las domina— pueden muy bien enamorarse de un dandí; y, en general, ¿de quién no cabe enamorarse en esta vida? Pero aquí no se trata sino de amistad, es decir, de una elección más aún que de una simpatía. — (N. del A.)

cosas para una reconciliación; pero Brummell no cedió sino muy á remolque á esas combinaciones oficiosas. Como *la vanidad no nos deja nunca, ni aún en el potro*, se negó á pedir audiencia al Príncipe, que no era á sus ojos más que un dandí muy inferior á él. Puesto al paso de Jorge, permaneció dolorosamente cobijado. El antiguo convidado de Carlton House le vió sin la emoción que se experimenta al volver á ver á un compañero de la juventud—ese sentimiento sonriente del pasado, poesía para uso de los más vulgares.—Otra vez, como le ofreciesen una tabaquera que él recordaba haber pertenecido á la famosa colección de Brummell, pidió que se lo presentaran, y señaló la hora de la recepción para el día siguiente. ¿Qué habría pasado si lo hubiese visto? ¿Habría vuelto á reinar en Londres el *Rey de Calais*, como se llamaba á Brummell? Pero al día siguiente, habiendo recibido Jorge IV despachos que le obligaban á adelantar su salida se olvidó completamente de Brummell. La poca diligencia del dandí fué

igual por lo menos á la indiferencia del Príncipe. Esa indolente repulsa de toda aproximación al rey de Inglaterra no dejaba de ser una falta colocándola en el punto de vista de la política de la vida; pero, si no la hubiera cometido, Brummell hubiese sido menos Brummell (1).

Jorge IV no volvió á hablar después del dandi encontrado en Calais; cayó nuevamente en la letargia de los recuerdos. Brummell no se quejó; guardó ese firme y discreto silencio que es el buen gusto del orgullo; y eso

(1) Involuntariamente piensa uno en los versos divinos del *Sardanápalo*:

If.....
.....thou feel'st an inward shrinking
from this leap through flame into the
future, say, it: *I shall not love thee
less; nay, perhaps more for, yield-
ing to thy nature...*

«Si sientes un estremecimiento interior al pensar precipitarte en el porvenir al través de estas llamas, dílo; no te he de amar menos por eso, no; quizá te ame más por haber cedido á tu naturaleza.»—(N. del A.)

que un alma más débil hubiese encontrado no pocos motivos de recriminaciones en los acontecimientos que siguieron. A muy poco se agotaron sus recursos de Inglaterra; vinieron las deudas; vino la miseria. Brummell iba á empezar á bajar esa escalera del destierro en medio de la pobreza, de que habla Dante, y á cuyo pie debía hallar la prisión, la limosna y un hospital de locos para morir. La mano que lo detuvo otra vez en los primeros peldaños de esa horrible escalera fué una mano real, la mano de Guillermo IV, cuyo Gobierno creó una plaza de Cónsul en Caen, y se la dió. Ese puesto ocasionalmente retribuido en un principio, acabó por serlo menos á consecuencia de la incapacidad (1) desdeñosa de Brummell para desempeñarlo (2), y hasta se lo quitaron

(1) Más exacto sería decir: la *imposibilidad* desdeñosa.

(2) El necesitaba hombres que seducir, y le daban negocios que arre-

más tarde. Los Gobiernos, que deberían clasificar á los hombres, creen haber hecho mucho por ellos, cuando los colocan en situaciones reñidas con su vocación? El tiempo que pasó Brummell en Caen fué una de las fases más largas de su vida. La nobleza de esa ciudad, acogiéndolo calurosamente y rodeándolo de consideraciones, demostró que los antepasados de los ingleses eran normandos. Eso pudo templar, pero no evitar las angustias que amargaron sus últimos días. Mr. Jesse ha consignado esas humillaciones, esos

glar. Si el capricho, si la suerte loca de la mitad de su vida no lo hubiesen hecho refractario á todo lo que fuesen funciones y deberes públicos, quizá se hubiesen encontrado en él facultades de diplomático que poder utilizar. Decimos *quizá*; no afirmamos. Lord Palmerston ha demostrado sobradamente lo que puede ser el dandismo en política, cuando se trata de él sólo. Enrique de Marsay es una ficción bien tentadora; pero un destino creado por un poeta. No es decir que sea imposible; pero es el menos posible de todos los héroes de novela.—(N. del A.)

dolores; nosotros les callaremos. ¿A qué contarles? De lo que aquí se trata es del dandi, de su influencia, de su vida pública, de su papel social. Lo demás ¿qué importa? El que re muere de hambre sale de la atmósfera de afectaciones de toda sociedad para entrar en la vida humana: deja de ser dandi (1). Dobleemos, pues, la hoja;

(1) ¿Dejó él también de serlo alguna vez?... Cierta día, un veneciano, que se contentaba entonces con ser el Canova de la música, y que ha llegado á ser su Gustavo Planche—M. P. Scudo, actualmente de la *Revista de Ambos Mundos*—daba en Caen uno de esos conciertos en que, como bufón y como músico, disipaba sus facultades en pasmar á los imbéciles, si los imbéciles eran nerviosos. Quiso tener en su velada al dandi desterrado, que era aún una potencia *rue Guillebert*. Habiéndolo encontrado en casa de un amigo, lo invitó, y sacando del bolsillo su paquete de billetes cosa de trescientos, lo abrió como un manojó de cartas, para ofrecerle algunos, cuando Brummell, con un movimiento soberano y con la naturalidad de un dandi que tiene el mundo por suyo, se

pero no sin hacer á Brummell la justicia de reconocer que fué dandi hasta donde puede serlo un hombre en medio de la pobreza y del hambre. La facultad que en él descollaba permaneció erguida mucho tiempo sobre las ruinas de su vida. Las restantes que no valian sino para sostenerla,

apoderó de todos. «Jamás los pagó—dice M. Soulo—pero hizo aquella jugada de una manera admirable, y yo tuve una idea más acerca de Inglaterra á expensas de mi bolsillo.»

A poco tiempo de esto fué cuando se volvió loco, y como el dandismo, más poderoso que su razón, había penetrado todo el hombre, su locura se tiñó de dandismo. Tuvo la manía furiosa de la elegancia. No se quitaba ya el sombrero en la calle, cuando lo saludaban, por temor de desarreglarse la peluca, sino que devolvía el saludo con la mano, como Carlos X. Vivía en el *hotel de Inglaterra*. Ciertos días, con no pequeño asombro del personal del hotel, mandaba que le preparasen su habitación como para una fiesta. Arañas, candelabros, bujías, flores á granel, nada faltaba; y él, al fulgor de todas aquellas luces, ostentando toda

harmonizándose con ella, no sirvieron de nada para su gloria, ni de mucho para su fecundidad. Así, era poeta; tenía el grado de fantasía indispensable para un hombre cuya vocación es agradar; pero las poesías que ha dejado, aunque notables para un dandi, no

la elegancia de su juventud, vistiendo el frac azul Whig con botones dorados, chaleco de piqué y pantalón negro, ajustado como el calzón del siglo VXL, estaba en pie en el centro, y esperaba... ¡Esperaba la Inglaterra muerta! De repente, y como si se hubiese decidido, anunciaba á toda voz al príncipe de Gales, luego á lady Conyngham, después á lord Yarmonth, y, en fin, á todos los altos personajes de Inglaterra cuya ley viva había sido; y creyendo verlos presentarse á medida que los llamaba, y cambiando de voz, iba á recibirlos á la puerta, abierta de par en par, de aquel salón vacío, por la cual ¡ay! no debía pasar nadie aquella noche, ni las siguientes; é iba saludando á esas quimeras de su pensamiento, y ofrecía el brazo á las mujeres que entre todos esos fantasmas acaba de evocar, y que á buen seguro no hubiesen querido abandonar sus tumbas ni por un instante para acudir

ilustrarían á un escritor (1). No tenemos, pues, que ocuparnos de ellas. En este estudio de un hombre tan especial á su modo, todo lo que no es la

á ese *racot* de dandí caído. Esa escena se prolongaba mucho tiempo... Cuando todo estaba lleno de fantasmas, cuando había llegado toda esa gente del otro mundo, acertaba á llegar también la razón, y el desgraciado se apercibía de sus ilusiones y su demencia, y entonces caía en uno de aquellos sillones solitarios, donde le sorprendían bañado en lágrimas!

Pero en el *Bon-Sauveur* esas locuras fueron menos conmovedoras. El mal empeoró y adquirió un carácter de degradación que parecía un desquite de la elegancia de su vida. Imposible contar cada... ¡Afrentosa ironía del terrible genio de la burla, oculto en el fondo de todas las cosas, que acaba por reivindicar su parte en la vida ligera de los que más se han burlado! El pabellón del *Bon-Sauveur* hizo pagar á Brummell el pabellón de Brighton. Entre esos dos pabellones está su vida.—(N. del A.)

(1) Mr. Jesse, á quien habrá que mencionar en adelante siempre que se

vocación misma, todo lo que no es el dedo de Dios sobre la inteligencia debe dejarse á un lado.

trate de Brummell, cita en su libro versos del célebre dandí. Los había escrito Brummell en un álbum bellísimo donde habían escrito los suyos Sheridan, Byron y el mismo Erskine. No son versos de álbum, líneas trazadas rápidamente, sino composiciones bastante extensas, y en que circula cierto soplo de inspiración.—(Nota del A.)

Se sabe ahora qué vocación fué esa y cómo la cumplió. Había nacido para reinar por facultades muy positivas, aunque Montesquieu, en una hora de despecho, las haya llamado el *yo no sé qué*, en vez de definir lo que son. Por ellas dominó su época. Como diría el príncipe de Ligne, «fué Rey por la gracia de la gracia», pero con la condición, que pesa sobre cuantos anhelan influencia, de aceptar los prejuicios y aún, hasta cierto punto, los vicios de su tiempo. Confesión triste de hacer para los castos amigos de la verdad en todas las cosas: si su gracia hubiese sido más sincera, no hubiese sido tan poderosa, no hubiese seducido y cautivado á una sociedad sin naturalidad. ¿A qué grado de civilización refinada y de secreta corrupción no ha debido llegar, en efec-

to, la sociedad inglesa, para que sea exacta y profunda esta frase, dicha á propósito de un dandi como Brummell: *Desagradaba demasiado generalmente para no ser buscado*! (1). ¿No se ve aquí la comezón que experimentan á veces las mujeres enérgicas y libertinas de que las peguen? ¿Por ventura, la gracia sencilla, candorosa, espontánea, sería estimulante bastante poderoso para remover esa sociedad exhausta de sensaciones y agarrotada por preocupaciones de todas clases? Si uno se conservase tal cual es en semejante medio, ¿qué sería? Un sér apenas notado por algunas almas escogidas que se hubiesen conservado á su vez sanas y grandes (2): público *pay*! muy inseguro.

(1) Bulwer en *Pelham*.—(N. del A.)

(2) Como esa misa Cornell, por ejemplo, la actriz que Stendhal ha alabado tanto. Pero para descubrir la sencilla grandeza de aquel alma, rara como un diamante negro en Londres, se necesitaba un Stendhal, es decir, un hombre positivo espiritualmente hasta el maquiavelismo, pero que amaba la naturalidad como ciertos Emperadores romanos lo imposible.—(N. del A.)

ro. Pero somos vanidosos, queremos la aprobación de los demás: movimiento encantador del corazón humano, calumniado en demasía. He ahí quizá toda la explicación de las afectaciones del dandismo. No sería, pues, éste en definitiva, sino la gracia falseándose para hacerse sentir mejor en una sociedad falsa (1), es decir, si bien se mira, no sería más que al natural harto violentado ciertamente, pero imperecedero.

Se ha dicho al comienzo de este escrito: el día en que se transforme la sociedad que produjo el dandismo, el dandismo habrá dejado de existir; y como ya, á pesar de ese apego á sus

(1) Y que carece del instinto de las bellas artes. Los nombres de Lawrence, de Romney y de Reynolds no sirven sino para hacer resaltar más esa indigencia. El pueblo romano no era artista, porque tuviese flautistas. En Inglaterra no existe el arte más que literariamente. Miguel Angel es Shakespeare. Como en ese original país todo es singular, el mejor escultor fué mujer, lady Hamilton, digna

añejas costumbres, que parece una fatal esclavitud, la aristocrática y protestante Inglaterra se ha modificado mucho desde hace veinte años el dandismo apenas es ya más que la tradición de un día. ¿Quién lo habría creído, ó mejor, quién no hubiera podido preverlo? Esa modificación se ha producido siguiendo una pendiente invariable. Inglaterra, víctima de su vida histórica, después de haber dado un paso hacia el porvenir, vuelve á descansar en su pasado. Por mucho que se ergolfe en el mar del tiempo jamás rompe del todo— como el *Cor-sario* de su más gran poeta—la cadena que la sujeta á la orilla. Para ella, que todo lo conserva, que todo lo

de ser italiana, y que esculpía en el mármol del más hermoso cuerpo que ha palpitado jamás. Estatuaria extraña, que era también la estatua, y cuyas obras maestras han muerto con ella, gloria vitalicia que no ha durado más que las palpitaciones de la vida y la ardiente emoción de algunos días. Es otra página que está por escribir; pero ¿dónde encontrar la pluma de Diderot para trazarla?—(N. del A.)

guarda, *marble to retain*, tienen los hábitos una influencia avasalladora, extraordinaria: la séptima piel de la serpiente se parece siempre á la primera que mudó. Un momento créese desvanecida la huella de lo que ya no existe: se escribe en ese palimpsesto, y basta una circunstancia para que lo que se creía borrado reaparezca legible, claro y brillante. Hoy el puritanismo, á que el dandismo hizo una guerra de Partho con las flechas de su ligera ironía—más bien huyendo de él que atacándolo de frente—es puritanismo se levanta y restaña sus heridas. Después de Byron, después de Brummell—dos burlones de tan diversa especie, pero de influjo casi igual—¿quién no hubiese creído enterrada la antigua moral inglesa? Pues bien: no, no lo está. El inevitable, el inmortal *cant* ha vencido de nuevo. La adorable fantasía puede derramar en el vacío su sangre de esencia de rosas. Sucumbe bajo el peso de la naturaleza tenaz de ese pueblo aferrado á sus costumbres; sucumbe por la ausencia de esos grandes escritores

que electrizan las imaginaciones y les comunican todas las audacias (1); sucumbe, en fin bajo el influjo que ejerce en la alta sociedad una reina joven que posee la afectación del amor conyugal, como Isabel poseía la de la virginidad. ¿Qué mejores fuentes de hipocresía y de *spleen*? El mato-dismo, que había pasado de las costumbres á la política, vuelve á pasar, á la hora presente, de la política á las costumbres. Un poeta, un hombre de raza, que debe á su nacimiento el valor facilísimo de tener una opinión independiente, como podría esperar de su talento una verdadera inspiración, lord John Manners, ¿no acaba de publicar un tomo de poesías en honor de la Iglesia establecida de Inglaterra? El ateo Shelley no contaría ya siquiera con la seguridad del destierro. El liberalismo de ideas, que había brillado en ese país del fariseísmo altanero y del convencionalismo helado y engañador, como un rayo de

(1) No es completa esa ausencia de escritores, puesto que existe Th. Carlyle; pero ¡qué lástima que prefiera frecuentemente el éter sedativo del espiritualismo alemán á ese cabal excitante que gusta á los ingleses y producen sensaciones tan francas! — (N. del A.)

la inteligencia de sus más grandes hombres, no ha lucido más que un momento fugaz, y la momia del sentimiento religioso, el formalismo, sigue reinando siempre en el fondo de su sepulcro blanqueado. De aquella bella sociedad, cuyo idolo fué Brummell, porque era su expresión viva en las cosas del mundo, en las gratas y amenas relaciones de esa sociedad, no queda nada, toda ha muerto. Un dandí como Brummell no volverá á verse; pero hombres como él puede afirmarse que siempre los habrá aún en Inglaterra, cualquiera que sea la librea que el mundo les ponga. Atestiguan la magnífica variedad de la obra divina: son eternos como el capricho. La humanidad necesita de esos hombres y de sus atractivos tanto como de sus héroes más imponentes y de sus más austeras grandezas. Deparan á criaturas inteligentes el placer á que esas criaturas tienen derecho. Son un elemento de la felicidad de las sociedades, como lo son otros hombres de su moralidad. Naturalezas dobles y múltiples, de un sexo intelectual indeciso, en las cuales la gracia brilla más aún en el seno de la fuerza, y la fuerza se descubre todavía en el seno de la gracia: andróginos de la historia, no ya de la fábula, cuyo más hermoso tipo en la más hermosa de las naciones fué Alcibíades.

FIN

1

PO
VUE
D
OTI
1